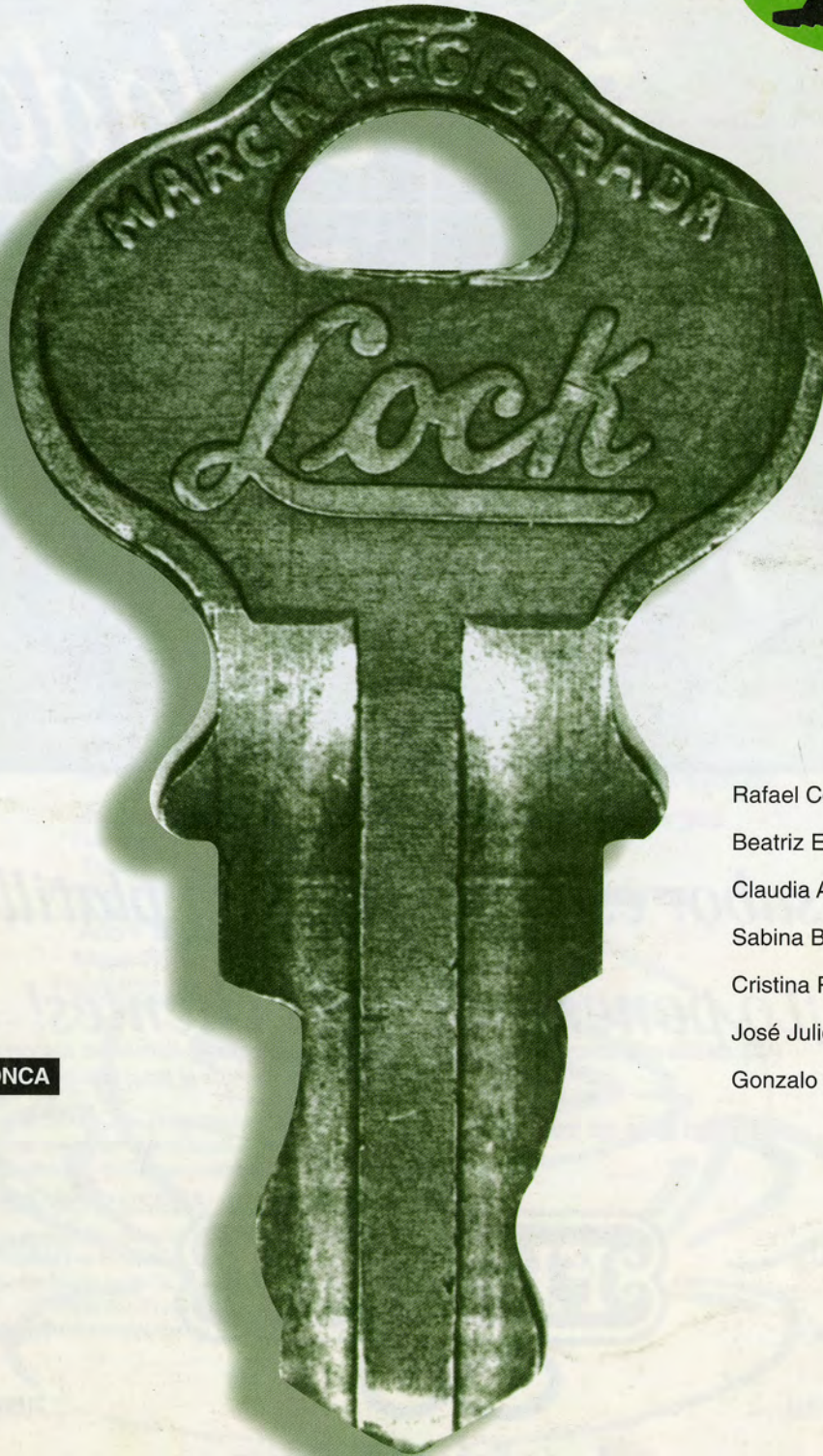


San Quintín

revista de narrativa, publicación bimestral mayo/junio 1997

106



Rafael Courtoisie
Beatriz Espejo
Claudia Argelia
Sabina Bautista
Cristina Rivera-Garza
José Julio Llanas
Gonzalo Lizardo

Revista editada con apoyo del FONCA

\$15.00
\$3.00 Dlls.



*El sabor especial de cada platillo
¡Lo ponen nuestros clientes!*

FLORIAN VALLE

FLORIAN ANAHUAC

FLORIAN PLAZA LA SILLA

FLORIAN SAN AGUSTIN



Le da Sabor a la plática

FLORIAN PADRE MIER

FLORIAN CINTERMEX

FLORIAN GALERIAS

FLORIAN HOTEL PLAZA DE ORO

San Quintín

revista de narrativa, publicación bimestral 106

En la Celda de Trabajo

Sabina Bautista
Graciela España
Pedro de Isla
Editores

Compañeros de Celda

Gabriela Ruiz
Edición Gráfica

Alejandro López Rubio
PrePrensa

Celador de Diseño

Tarín y Contreras, Publicidad, S.A. de C.V.

Guardianes de Impresión

Litográfica Nuevo León, S.A. de C.V.

Red Intercarceraria

Nueva York- Ann Petri (212) 5-68-9489
México, D.F.- Rebeca Ortiz (5)634-8034
Zacatecas- Julián H. Guajardo (492)388-58
Aguascalientes- Ricardo Esquer (49)16-0476
Morelia- Ma. Cristina Paz de Barrera (43)23-5195
San Miguel de Allende- Juan Manuel Ramírez (415)2-2499
Reynosa- Martha Olivares (89)24-6646

Abogado Defensor

Ramón López Castro

Recluso Invitado

Fernando J. Elizondo
Portada: "L.O.C.K."
Técnica: Plata sobre papel.

Año I Número 6
Mayo-Junio 1997
Registros en Trámite

"Esta revista se realiza gracias al apoyo del
Consejo Nacional para la Cultura y las Artes"

Los textos publicados son en su totalidad responsabilidad del autor.
No se regresarán originales. Queda sujeto a decisión de la Celda
de Trabajo la publicación de las colaboraciones recibidas.

© DERECHOS RESERVADOS

Prohibida su reproducción total o parcial sin autorización
de la Celda de Trabajo y de los autores.
Correo Ordinario: San Quintín 106 B Col. Mitras Centro
Monterrey, N.L. C.P. 64460 Tel. (8) 346-1377
Correo Electrónico: pdeisla@mail.giga.com Fax: (8) 344-7685

INDICE

Editorial	
• • •	
Rafael Courtoisie	3
El pulpo de Baudelaire	
• • •	
Beatriz Espejo	6
Todo lo hacemos en familia	
• • •	
Claudia Argelia	13
Una herida abierta por encima de la calle	
• • •	
Sabina Bautista	20
Cada 54 años	
• • •	
Cristina Rivera-Garza	24
Yo, Modesta Burgos	
• • •	
José Julio Llanas	31
Ponchito	
• • •	
Gonzalo Lizardo	32
Las Animas Benditas (IV)	
• • •	
Los reos de este número	33

• PENA DE MUERTE

Fuimos a Reynosa y no llevábamos pasaporte. No lo necesitamos para abrir una nueva celda.

Vino Joaquín Sabina a Monterrey y los nob(e)les fueron a Zacatecas "y *morirme contigo si te matas, y matarme contigo si te mueres*" (kansion dedicada a la literatura i a Gabo ¡que al cavo es lo mismo!).

Ganamos *revistas independientes* junto con otros colegas de estados hermanos. Tenemos más colaboradores de otras fronteras, aumenta la participación femenina, las bardas de Prozac y Alanís nos traen en busca de Amparo.

En mayo tenemos madre, en junio la pasaremos padre; se acercan las elecciones y Aldape salió libre. Mercadotecnia pura, ahora que la crisis tiene resaca. Todos quieren opinar, hacer telenovelas, ganar debates o en el peor de los casos hacer su película con "the true history".

A estas alturas, y con estos calores, sólo esperamos que no nos mate la pena.

La Celda de Trabajo

• EL PULPO DE BAUDELAIRE

Rafael Courtoisie

J.G. escribió un poema inédito de Baudelaire, una versión libre en español, con métrica descuidada, sin rima, catorce versos que componían la supuesta traducción de un soneto original.

El apócrifo se llamaba "El pulpo".

Las ventosas rosadas del gigante molusco se abrían como vaginas inmensas, numerosas, de una mujer implacable. Los tentáculos de la profundidad se abrazaban al casco de madera de la embarcación y la arrastraban hasta el fondo del mar, donde el gigante descabezaba marineros y devoraba los cuerpos ante la mirada atónita de pequeños celenterados y almejas.

En la oscuridad, el pulpo era un nudo de muerte.

J.G. se esmeró, copió algunas imágenes, introduciendo ciertas distorsiones, de "Las Flores del Mal". También empleó figuras y atmósferas de los poemas en prosa del francés:

"*lenguas sin palabras, brazos henchidos*" decía una línea al final del segundo cuarteto, refiriéndose a los tentáculos.

"*El monstruo del mar sobre la calma*" anunciaba el inicio del soneto falso. Las velas, "*párpados del cielo*", se cerraban sobre el agua. El capitán intentó herir la cabeza y luego uno de los ojos del monstruo con el arpón dentado.

Al fin, resultó estrangulado por la potencia submarina.

Todo aparece como una venganza del mar: "*El salitre estaba harto*", afirma el poema "*de que lo hirieran*".

La membrana palpitante digiere el jugo de los hombres, bebe hasta saciarse y el pulpo queda adormecido en la digestión, como una flor dilatada sobre el fondo siniestro.

Algunas maderas del navío hundido alcanzan la superficie.

J.G. logró publicar el poema en una revista literaria de la capital, acompañado de

una breve cronología de Charles Baudelaire, una introducción y algunas notas críticas y observaciones.

Una revista de Guayaquil, Ecuador, reprodujo el poema íntegro y las notas, pero olvidó mencionar al traductor.

En México, donde retomaron la publicación ecuatoriana y sus erratas, un conocido hombre de letras se ocupó de redactar un extenso ensayo que procuró ubicar la pieza en el corpus de la obra de Baudelaire.

El crítico citó el "Baudelaire" de Sartre y aprovechó para demostrar lo errado e incongruente del pensamiento existencialista. En Madrid aparecieron tres versiones simultáneas de "*El pulpo*", las tres con ligeras diferencias. Todas afirmaban ser "*traducciones directas del original francés*".

Cuando "*El pulpo*" llegó a París causó tanto desconcierto como si hubiera emergido húmedo de oscuridad desde las profundidades de la historia. Un licenciado en letras, imposibilitado de conseguir el original, decidió retraducir el texto al francés basándose en la versión que juzgó más apropiada de las revistas madrileñas. El especialista logró un aceptable efecto tímbrico, una asociación de imágenes digna del autor de "Correspondencias". Reconstruyó con minuciosidad la rima y la métrica, comparando con otros sonetos.

El poema se reprodujo en el suplemento cultural de un diario de gran circulación y después de cierto tiempo fue integrado como curiosidad, como rareza, en los programas de estudio de La Sorbonne.

Una edición crítica de "*Las flores del mal*" destinada a estudiantes de secundaria terminó por incluir el poema en un apéndice.

A los estudiantes les gustaba "*El pulpo*", su fuerza de ocho brazos y catorce versos turbulentos, su inaudita libertad para ligar imágenes. El tema del mar, el hundimiento y la catástrofe final se ajustaba al sentimiento de la época.

Umberto Eco publicó "El silencio del mar", extensa novela histórica que llevaba por epígrafe el soneto completo de Baudelaire traducido por el propio académico al italiano. La trama mezclaba elementos de Verne y su "20,000 leguas de viaje submarino" con reflexiones semióticas y esotéricas. Emilio Salgari y el propio Charles Baudelaire aparecían como personajes. También aparecían en sus páginas Víctor Hugo y Giovanni Papini, La obra fue un Best-seller.

Un ensayo de Baudrillard descubrió en el poema una "perspectiva ecológica" insospechada hasta el momento. Brigitte Bardot, ya muy anciana, hizo declaraciones en televisión a favor de la fauna marina, aprovechando la popularidad y el espacio logrado por "El pulpo".

En París, a los pies de la Tour Eiffel los argelinos, musulmanes convencidos, vendían llaveros de ocho brazos con una boca monstruosa y roja en el centro.

El pulpo de Baudelaire se apoderó del mundo.

Tarín & Contreras
P U B L I C I D A D
S.A. DE C.V.

PC o MAC

PrePrensa

División de

Salida electrónica

Digitalizaciones

Transfers y Respaldos

Modificación de Selección

Prueba de color

Impresiones (laser byn o inkjet color)

Matamoros 1415 pte. Col. Obispedo
Monterrey, N.L. México C.P. 64040
T: (8) 343-3240, 340-1741, 340-1879, 340-1935
F: (8) 345-9979 E-mail: atarin@mail.giga.com



Las dos natas. Polaroid manipulado (original en color) 1996. F.S.E.

• TODO LO HACEMOS EN FAMILIA

Beatriz Espejo

Quien la viera encorvada ante el bastidor, entregada a su pertinaz afán de bordar el tapiz que honra su nombre, no hubiera comprendido que aquella era una mujer muerta de miedo, escondida en su casa como rata en un hoyo. Tampoco hubiera pensado que la lumbre de su mirada verde, ahora débil y perdida bajo los párpados abotagados, había enloquecido de pasión a don Rodrigo Antuño de la Mora setenta años atrás.

Acababa de cumplir ochenta y siete y tenía cuarenta de viuda. Sus manos se convirtieron en unos sarmientos nudosos de venas saltonas y piel manchada; sin embargo, resultaban sorprendentes por el inusitado fulgor de las uñas bien cortaditas, opalinas, meticulosamente pulidas con gamuza, gracias a los beneficios de un ritual que sembró sus raíces en la niñez lejana, quizá por la disciplina a la que intentaba someterla la señorita Otilia, una institutriz delgada y vulnerable cuyas facciones olvidó por lustros. Sara buscaba el estuche de manicure forrado de terciopelo rojo, raído en los bordes gracias al uso, heredado de su madre. Se recortaba las cutículas con una tijerita de oro en la cual podían distinguirse sus iniciales, y se tallaba uña tras uña con un líquido traslúcido. Se veía satisfecha. Y a fuerza de sólo ver sus dedos sobre la tela, no constataba el derrumbre inmisericorde operado en el resto de su persona. Luego se ponía el dedal y sin interrupciones sacaba de la nada cálices, androceos, estambres, hojas matizadas, tallos. De vez en cuando cobraban ímpetu las libertades permitidas a los grandes artistas y aquí o allá delineaba mariposas monarcas o saturnias pyri, golondrinas al vuelo, guacamayas, carboneros, petirrojos, chupamirtos con las alas tan finas y el piquito tan largo que parecían sostenerse en el aire y libar el polen de las flores dentro de una ofuscada selva donde se entrelazaban, cobrando formas caprichosas, grandes

arbustos de rosas silvestres llamados de Moctezuma, naturales de México. Con esos primores alucinantes había tapizado todos los sofás, los sillones, las paredes de una sala entera, el saloncito elegido para sus comidas solitarias y la recámara donde yacía lleno de cojines su imponente tálamo matrimonial, cubierto por las mismas sábanas de lino rejillado que su marido tanto alababa en los días ya remotos de su confortable tranquilidad doméstica.

De pronto detuvo su febril tarea. Le faltaba terminar la última pieza de aquellos ajuares: un escabel a los pies de la butaca donde don Rodrigo solía sentarse contemplándola embelesado cuando ella le preguntaba si iba bien el blanco concha con el blanco caracol marino. El padecía daltonismo y jamás distinguía la diferencia. Contestaba al azar, sin preocuparle que Sara no tomara en cuenta sus consejos aunque fingía oírlo con esmerada atención. En cambio alzaba la vista para seguir rumbo al techo los aros de humo que don Rodrigo formaba con sus puros gordos y crujientes, mientras se retorció la punta del bigote o calentaba cognac en una lamparilla antes de tomarlo a traguitos. Los tensos botones de su chaleco lo mostraban satisfecho de su fortuna, encantado de haberla incrementado con una fábrica de pólvora. Lo mismo surtía para el ejército balas de cañón, que algarabía de cohetes a las constantes y variadas festividades de la República. Negocio próspero y abundante que le permitió invertir las ganancias y volverse un industrial riquísimo en posibilidades de escoger a la esposa de sus sueños. No tuvo que esperar mucho. Sara Rosas del Castillo inundó su vida como brisa primaveral. Le llegaba a la mitad del pecho en estaura física y le despertaba toda la simpatía que un hombre dueño de sí mismo puede sentir por una criatura mimada. Se embebía leyendo novelas románticas. A la

menor provocación se le formaban hoyuelos en las mejillas, entonaba aquello de *"en el tronco de un árbol una niña grabó su nombre henchida de placer, y el árbol conmovido allá en su seno a la niña una flor dejó caer"* y era capaz de celebrar las bondades que compra el dinero exhibiendo la sencilla ingenuidad de quien nunca ha experimentado el temor de Dios. Daba ternura verla saborear bombones, pasteles y sorbetes, o sentada frente a su escritorio ante una combinación variadísima de recetas para disponer las comidas de la semana. Ama de casa esmeradísima, intentaba recaudos exquisitos juntando especies, macerando hierbas. Y cuando obtenía algo digno de compartirse, sin tardanza lo enviaba a sus primas cercanas o a sus amigas más queridas dentro de hermosos recipientes de barro, plata o porcelana tersa como la leche, adecuados al contenido.

Don Rodrigo únicamente encontraba un reparo para su dicha de aragonés que había hecho la América, no tuvo con la pequeña Sara los hijos que ambos habían buscado en sus abrazos secretos, en los jadeos anhelantes, en la plenitud del amor. El le mordía los pezones, el cuello; ella lo acariciaba precipitada o morosa; pero la pasión exhausta, jamás los convirtió en padres. Acabaron aceptando la idea de adoptar a dos sobrinos rubios como el vaivén de las espigas, vástagos de una cuñada que se había quedado en Zaragoza. Así completaron su familia. Gozaron las dichas mundanas y cumplieron sus más audaces caprichos. Que los niños proponían ir a Suiza, a Suiza iban sin tardanza; que Sara pedía canutos de oro y plata para sus bordados en los que desde chica encontró un antídoto para controlar los repiqueteos de su corazón, las madejas arribaban por carretadas; que don Rodrigo quería camisas de seda pura confeccionadas a la medida, las entregas llegaban regularmente desde París dentro de cajas enormes y con el cuidadoso refinamiento que ponían los sastres de polendas para satisfacer las exigencias de un mandarín. No hubo capricho que se les

negara, hebillas de brillantes y topacios consagradas a las diminutas zapatillas de princesa china de Sara, y -porque la casa refejaba la estrechez o la opulencia familiar- espejos y candiles venecianos, cuchillería de Christofle, muebles de patas curvas que venían como lastre en las naves europeas que tomaban puerto en Tlacotalpan, un Rolls Royce con los pedales alargados para que Sara pudiera alcanzarlos, y otras mil fantasías dignas de una imaginación caudalosa. Y, además, tenían la arrogante vanidad de proporcionar salario, pan y sustento, a cuarenta familias que trabajaban para ellos.

Celebraban el día de San Judas Tadeo con un banquete. Asistía desde el gerente hasta el portero de la negociación. Armaban en el patio guirnalda de pino sobre las arcadas y largas mesas donde ofrecían, iguales a las cartas de un prestidigitador, suculencias apenas imaginables. Queso fundido con champiñones y rajadas de poblano, tortillas de maíz tierno, chilaquiles rojos y verdes, taquitos de puerco o pollo, quesos panela con orégano, chiles morita rellenos con salsa de nuez, minilla de pescado, picadas, tortitas de tuétano, tostadas de ceviche, quesadillas rellenas con papa, chorizo o flor de calabaza. Esto sin detrimento del arroz y consomé y las fastuosas cazuelas moleras. Las aguas frescas brillaban por su presencia desde sus barriles de vidrio prensado en forma de colmena y sus moños tricolores con las puntas acomodadas cuidadosamente sobre los manteles, horchata, melón y sandía servidas por las viejas del otro día, tamarindo, tepache. Las jarras pulqueras rotaban entre los concurrentes y algunos aún se hacían un lugarcito para degustar rompopo de almendras. El apartado de los postres era un reto para la templanza del cristiano más bordado, pastel tres leches, ante de mamey, durazno o piñón, marquesote, flan blanco, torta imperial, torrijas, buñuelos, pan de yema oaxaqueño, camotes, cocadas, polvorones de naranja.

Varias damas distinguidas y Rosario y Pilar Rosas del Castillo, que dejaban su

encierno de Perote, amenizaban el convite con sus facultades de soprano interpretando arias de ópera o canciones populares. El aplauso subía de punto como los almíbares con aquello de *"a la orilla de un palmar yo vide una joven bella, su boquita de coral, sus ojitos dos estrellas"*. Los invitados especiales eran altas autoridades del gobierno y paisanos dilectos de don Rodrigo que lo felicitaban con abrazos y palmaditas en la espalda como diciéndole, sigue adelante muchacho, acrecienta tus ganancias en este edificio tan sólido. Parece una verdadera fortaleza.

Aunque la comelitona empezaba al mediodía, los convidados esperaban la noche para contemplar las audacias pirotécnicas que cada año superaban al anterior. La efigie de San Judas patrocinaba el evento con su túnica amarilla, su manto verde y la expresión bobalicona de quien nunca ha conocido el pecado original. Tal como surgía, iba desapareciendo a retazos en la oscuridad. Después uno tras otro subían a las alturas, entré zumbidos y chisporroteos, cartuchos que se tornaban espirales, saetas de fuego, constelaciones de la Osa Mayor y Menor, milagros de luces desparramados por la bóveda celeste antes de bajar nuevamente entre frases aprobatorias. ¡Ah! ¡oh! ¡aaah! ¡oooh!, repetían múltiples voces en tanto continuaba aquel despliegue de gracia.

La bonanza simulaba no tener fin y Sara sabía disfrutarla sin perder una tenaz inocencia de escolapia a pesar de sus colmadas experiencias nocturnas que olvidaba por las mañanas. No recordaba tampoco a los empleados que, durante semanas y meses de dieciocho horas diarias en los que no había celebraciones, mezclaban azufre, salitre y carbón, ahogándose por el calor y los gases. O enroscaban artificios tubulares rellenos de materiales explosivos e iridiscentes efectos luminosos.

Pero la felicidad es un cristal. Se rompe como si un rayo cuarteara el firmamento. Los hados son tornadizos y desleales y al sonar un instante nefasto, cuando el tráfigo de las hormigas atareadas alcanza su intensidad

máxima, prendió la chispa incendiaria y dio al traste con las congratulaciones. La explosión retumbó como si fuera una rotunda carcajada del demonio. En instantes todo se convirtió en llamas, gritos, denuestos, un estruendo, un fogonazo inesperado. Hasta el último ladrillo del edificio se calcinó. Casi nadie pudo salir de aquella cárcel, y allí quedaron treinta y tantos cuerpos irreconocibles convertidos en tizones que motivaron alaridos de los parientes, estupor e indignación de la sociedad y noticias de primera plana en los periódicos.

Don Rodrigo procuró enfrentar el asunto. Pagó indemnizaciones, costó un solemne entierro masivo; sin embargo, a partir de entonces sus puros quedaron a medio fumar en los ceniceros y su cognac permaneció intacto en las botellas. El pentagrama de su frente describía la culpa que le reclamaba su indolencia; su rostro acusaba la aflicción del remordimiento por no haber tomado medidas ni haber abierto puertas de escape en la trampa mortal que construyó. Él, que se creía un exitoso patriarca, un roble coputo dando sombra en torno suyo, supo que el destino de los hombres está saturado de falacias. La congoja le recorrió las venas y le hizo estallar las coronarias una tarde de aparente tregua en que desde su sillón ya miraba a Sara sin verla.

Con sucesos tan catastróficos, un desvarío luctuoso entró por la puerta y se alojó por los rincones. La misma semana los hijos padecieron enfermedades dictaminadas por los médicos como benignas; pero al recuperarse experimentaron una irreflexible repulsa hacia su madre postiza. No lograban soportar su proximidad ni escuchar una palabra suya sin taparse los oídos. Decidieron regresar a España en busca de su madre verdadera. Y la llorosa y enlutada Sara, perdida en sus aposentos y pasillos, no pudo entregarse a su desesperación porque fue presa de un acoso implacable. Comenzó a oír avisos de ultratumbra, amenazas siniestras, portazos, murmuraciones obscenas, rechinos de dientes, cadenas arrastrándose

a lo largo de los corredores. Vio sombras atravesando muros, velos flotantes, fulgores intolerables, la mueca asquerosa de un pigmeo sentado sobre el piano, garras peludas en el barandal de la escalera, bolas de fuego rodando por el prado y un gato negro jugueteando con sus hilos. En los aposentos se percibían oleadas de extraños olores; a veces a sándalo, azahar y almizcle; otras, a carroña pestilente. Quiso huir, pero apenas franqueaba el umbral le ocurrían grandes y pequeños desastres. Se le rompía un tobillo, de las fachadas por donde pasaba caían pedazos de adobe o tezontle que estuvieron a punto de matarla y una rueda de su auto salió volando con grave riesgo de los transeúntes. Alguien le aconsejó que pusiera mar de por medio para romper hechizos y maldiciones. Hasta el trasatlántico la persiguieron las presencias incompatibles, los murmullos, los aromas. Delirante, sudando frío, pidió socorro.

Los Rosas del Castillo acostumbraban entender y aceptar sucesos fantasmagóricos con absoluta naturalidad. Después de varias discusiones y diferentes pareceres, Pilar y Rosario llegaron acompañadas de doña Gume, la mejor medium espiritista. Una mujer pálida y lujuriosa, un poco más alta que Sara, a la que Francisco I. Madero había frecuentado mientras redactaba el Plan de San Luis y algunos otros documentos de trascendental importancia patria.

Con absoluto secreto celebraron sesiones en el comedor de la casa. Esperaban la hora propicia para que los sirvientes, que no se daban por aludidos ni tenían obnubilaciones, se recogieran según costumbre al terminar sus tareas. Entonces las parientas corrían cortinas, prendían velas, ponían flores blancas en búcaros ambarinos y aguardaban el trance sentadas en torno a la mesa.

Pasaron semanas antes de tener respuestas. Doña Gume cerraba los párpados y procuraba concentrarse sin resultados; pero, a fuerza de persistir, una madrugada en que casi habían perdido las esperanzas de

establecer contacto, las velas se apagaron. Las encendían y volvían a cegarse repetidas veces. Ráfagas de viento enchuecaron los cuadros, se pusieron negros unos jazmines impolutos y lozanos que estaban cerca, y los espíritus de las víctimas achicharradas se atropellaban entre sí pidiendo venganza. Instantes terribles al cabo de los cuales cesó el estruendo y fue sustituido por el silencio que llegó impulsivamente como si se aposentara con pasos seguros.

En posesión de su materia corpórea, doña Gume dijo su veredicto: No podía hacer nada. Ni mandas, ni limosnas, ni becas para los deudos calmarían la terrible ira de los que habían quedado tras la frontera invisible. Sara imploraba encontrar un arreglo. Doña Gume se rascó una ceja y midió sus fuerzas sólo para confirmar que sus poderes no le servían desempeñado el papel de embajadora. Ante la inquebrantable negativa, Sara sintió que perdía piso bajo sus piecitos. Por las noches, desde su cama viuda, pedía a gritos la intervención de don Rodrigo que quizá gozaba la calma. Prometía novenas para que San Judas la ayudara a reencontrar su estabilidad. Ninguno de los dos respondía sus llamados ni daban mínimas señales de escucharlas.

Entonces empezó su tapiz descomunal. Trenzaba madejas que cortaba por un extremo y acomodaba en gradaciones tonales de la más intensa a la más pálida. Al adelgazarse las enrollaba con unos hilitos atravesados en forma de escobeta. Constituían un primoroso espectáculo aunque nadie sino ella llegaría a contemplarlo. Ensartaba la aguja para construir, puntada tras puntada, un intrincado follaje de verde hierba, verde piedra preciosa, verde mar, verde ilusión, verde prado, verde añoranza, verde juventud; una espesura de arbustos conmovidos y tristes café frayluno, café armelita, café obsecación, café septiembre, café tierra mojada, café ombú, café con crema; manojos de rosas en las que podían descubrirse todos los matices del blanco perla, blanco nacar, blanco ala de ángel, blanco quimera, blanco ave, blanco

luna, blanco pólvora, blanco venganza, blanco amnesia, blanco soledad, blanco autismo, blanco mármol sepulcral. Era el único medio a su alcance para expresarse, volcar su rabia contra Rodrigo por no hacerla madre, por no dialogar, por convertirla en una niña vieja, en una rica pobre, por haberla dejado en la orfandad. Así le reprochaba a San Judas que no la ayudara a encontrar calma. Era la única carta que escribía pidiendo misericordia en este mundo y el otro. No labraba el surco para sembrar milpas ni acariciaba el barro tierno, los cántaros de un alfarero; pero se había convertido en una Penélope anónima e intentaba una proeza artística destinada al olvido.

Procuraba que se tratara de una labor preciosa, exacta al derecho y al revés, en un alarde de bordadora admirable. Escondía bien los remates y si se equivocaba, nunca recurría a la navaja o la tijera que cortara las hebras sin piedad del tiempo desaprovechado. Se valía, como muchos creadores célebres, del pentimento. Rebordaba encima de los errores y surgían texturas producidas por la casualidad. Lo mismo era cuando en lugar de ensartar un hilo doble, ensartaba tres. Esa rosa sobresalía levemente. Anudaba los pistilos, bolitas amarillas que podían torcerse con las yemas de los dedos, y contrastaban con las ramas café y las espinas ligeramente más llenas. A veces se detenía para comparar contrastes. Ponía las fibras sobre lo ya hecho y seleccionaba tinturas como un pintor elige su paleta. Y mientras bordaba capullos y guirnalda en punto atrás, cadenetas o punto cruzado, suspiraba por su candor irrecuperable. En cada lazada se le iba el resto de su vida entre dolores de espalda y dedos engarrotados por el ejercicio excesivo. Ella lo sabía pero no se le presentaban mejores alternativas. Sólo con esa pertinaz tarea controlaba el pánico, como si al tener ocupadas las manos dominara los temblores del cuerpo. Su bordado se le tornó una liberación y un castigo, una experiencia mística en la que no alcanzaba la unidad con Dios sino un armisticio con los espectros

adversos que quizá, desde la impavidez de su muerte, todavía podían asombrarse de la terquedad con que Sara los evadía.

Aunque todas eran sus hechuras no todas eran iguales. Algunas flores tenían más pétalos; a otras les faltaban unos. La cadencia de un tallo resultaba menos armónica y un follaje se marchitaba pronto; pero precisamente eso le daba validez al conjunto. Lo aproximaba a la turbulencia maravillosa y trágica de la belleza.

Un amanecer, Sara cayó rendida sobre su bordado. En sus sueños intranquilos semejantes a la fiebre la señorita Otilia se le manifestó con lentitud. Le trajo a la memoria sus rasgos desvaídos, su cutis cascarón de huevo surcado de arrugas. Levitaba en una especie de neblina y con un índice admonitorio aseguró que todas las cosas tienen opuestos. Lo malo descubre lo bueno, lo claro la negrura, la lucidez a la demencia, lo bonito a lo feo, la compañía a la soledad. Nunca entendiste eso, Sara, dijo, porque nunca apreciaste mis lecciones. Fuiste una jovencita demasiado consentida. Ni siquiera aprendiste a contar del uno al veinte ni te entretenía otra cuenta que no fuera el punto de cruz, pero a Rodrigo únicamente le importaba tu pecho de paloma currucucú. Sara despertó nerviosa y aún pudo restregarse los ojos para no verla más; sin embargo la señorita Otilia estaba bien delineada en su pensamiento y desde ahí fue poco a poco desapareciendo.

Para continuar en pleno uso de sus potenciales mentales, Sara tomó un camino tortuoso. La invención de infinitos engaños que confundieran a esas ánimas en pena empeñadas en llevarla al manicomio. Agrandó la casa con cuarenta habitaciones para que sus perseguidores no lograran hallarla, escondida en su laberinto como topo en una madriguera. Aunque la sinrazón era el germen de las ampliaciones, al principio se trazaron planos razonables. Desde ese momento desfilaron albañiles, canteros, herreros, carpinteros, fontaneros que no escatimaron la destreza de sus oficios levantando salones magníficos, vestidores, baños con tinas

síntesis del arcoiris, blanco obsesión, blanco inmensas donde nadaban pececitos japoneses. Nunca fue suficiente. Entonces edificaron cuartos tapiados, muros trancos, ventanas ciegas, puertas que no conducían a ninguna parte, vitrales deslumbrantes en recovecos absurdos. Trabajaban de sol a sol sin darle sosiego a una anciana aterrorizada que no dormía dos noches seguidas en el mismo lecho y que iba de una pieza a otra cargando su bastidor y con la caja de sus madejas bajo el brazo. Creía que exorcisaba a los desencarnados con el ruido de la construcción y el trajín de los obreros. Mientras tanto, sus cabellos encanecieron con la lenta y perseverante paciencia que demandaba su jardín prodigioso, cuyos pétalos y corolas bordados hacían pensar en el cielo y en la tierra. Sólo entregada a esa faena dominaba el pavor. Algunas veces también repetía, recitados sin convicción, oraciones y responsos que la señorita Otilia le había enseñado y que sus fantasmas coreaban. *¡Oh, María, madre mía!* entonaba en voz apenas audible. Y el eco se escuchaba a sus espaldas. *¡Oh María, madre mía! ¡Oh, consuelo del mortal! ¡Oh consuelo del mortal! ¡Amparadme y llevadme! ¡Amparadme y llevadme a la gloria celestial!* Y ella estremecida recordaba cuando en mayo ofrecía flores vestida con su traje de primera comunión que le sirvió mucho tiempo porque se había tardado en crecer lo poco que había crecido.

La magnitud de su empresa le proporcionó las horas necesarias para escrutar caminos y arrepentirse de su inconsciencia. Supo que la vida es muy corta y que su antigua felicidad y sus lejanos lujos fueron quimeras desdibujadas en la nostalgia. Engañó a los espantos que andaban por su mansión torturada hasta que en sus acostumbrados recorridos tuvo un encuentro insoslayable. Enfrentó una esculturita de piedra sonriendo burlescamente, puesta en uno de tantos nichos que la inventiva de los arquitectos socavó en murallones de tres metros. Respresentaba a un hombre con una lanza apuntando hacia arriba y hacia abajo.

Indicaba que el mundo superior y el inferior son idénticos. Sara sintió el cansancio insoportable de casi un siglo. Advirtió que su suerte estaba echada. La última escalera ya no llevaba a ningún lado y pronto concluiría dos tareas prodigiosas: una casa aberrante y una obra maestra; pero convencida de que la perfección es inalcanzable para los humanos, recordó a un renacentista italiano que temeroso de competir con los ángeles plasmó una mosca en un retrato magnífico y Sara dejó inconclusos, congelados en la omisión, varios botones del escabel donde don Rodrigo había reposado sus botines lustrosos al estirar las piernas. Y como si fuera una estatua permaneció quieta, con el oído atento y la aguja en alto. Cerca, como si estuviera a unos cuantos metros, se escuchó el sonido irresistiblemente triste de las campanas. Quizás era la Iglesia de la Enseñanza llamando a misa.



Sin ti, Venecia es como el agua de sus canales. Polaroid transferido 1981-1996. F.J.E.

UNA HERIDA ABIERTA POR ENCIMA DE LA CALLE

Claudia Argelia González

*Para Ramón, Felipe y Gaby
Para los de arriba,
para los de abajo
y para los de enmedio*

A mí me tocó ver lo del niño. El bebé nació vivo, estoy seguro: sus grititos tenues se convirtieron en hilos que iban de las jardineras del hospital a los barandales del puente.

La madre resollaba como caballo en la molienda. La impotencia del padre que nadie nos puede atender, chingao, mi señora se está aliviando, se sublimó al convertirse en un vapor violeta con olor a orines de gato.

Luego salieron del hospital pero no tardaron en volver a meterse, oiga pero éste es un caso para Gine, por favor, trasladen a la señora al edificio contiguo, y se desentendieron de los sufrientes. El niño ya le salía de entre las piernas apostándole todo a esa primera bocanada de aire que debía aspirar. Nada. Los pulmones llenos de moco.

Cuando llegaron los enfermeros hacía rato que el chiquito se había muerto. La madre debió darse cuenta de inmediato, pues por un instante no tuve más ojos que los suyos -ojos libres, ojos terrestres, ojos reales- y pude contemplar, desde abajo, a un recién nacido que se alejaba volando de mí -de nosotros- y se internaba en el cielo como un globo huérfano en una tarde de paseo.

Al principio todo mundo muestra interés en ti y te pregunta cómo te llamas y cuántos años tienes y dónde está tu casa. Pero va pasando el tiempo y los demás se convierten en espejismos momentáneos, en ecos que ya no alcanzas a escuchar. Lo mismo nos pasará a nosotros. Uno de estos días mi voz se hará delgadita y suave, y la sentirás como un aliento cálido sobre tu cara, pero no podrás descifrar su mensaje. Luego, en algún atardecer, donde ahora están mis ojos sólo verás dos huecos inundados de luz anaranjada. De ahí en adelante te acariciaré las orejas, te alborotaré el cabello y te desanudaré las cintas, pero todo

será inútil. Algún día yo también seré una de esas sombras que aborreces.

Deveras. Me gustaste desde el día en que te vi. Te seguí con la mirada desde que bajaste del Ruta 6 para cruzar la calle. Esperaba que subieras por el puente. Como no lo hiciste, tuve que columpiarme de los barandales para mirarte de cerca. Ojos verdes, mirada de niño perdido en tienda departamental, paso cansado. Llevabas unas flores. En ese momento supuse que visitarías a tu mamá o a algún pariente en el Hospital 33. No me fue difícil esperar a que salieras; desde hace más de un año no hago otra cosa más que esperar.

Eran como las siete y ya había empezado a refrescar cuando te vi salir de la clínica. Claro que no subiste al puente, para qué si el camión lo tomarías del mismo lado de la calle. Agarraste el 202 y en tu cara de agobio intuí nuevas visitas. Me prometí estar muy atenta para cuando volvieras.

Ahora estás conmigo. Nunca pensé que sería tan pronto. Nunca pensé que mi mirada irreal te haría volver la vista hacia arriba, en aquel momento en que las luces de un coche dibujaron la silueta de ese muñeco de trapo que fue tu cadáver.

Hubieras visto, Manuel, pero tú todavía no estabas con nosotros. El otro día llegó un chavo como de 15 años al puesto de revistas que está aquí abajito y se puso a mirar todo lo que había en el tendajo. Sus ojos bailaban nerviosamente sobre la Buenísima y la Pimienta, para regresar luego muy propios desliziándose por las horquillas que sostienen a los cómics. Pasaron como cinco minutos y el muchachito sacó un billete de diez todo arrugado para pagar un Supermán que, te lo juro, no era precisamente lo que buscaba. Lo vi alejarse, caminar despacio como si una opresión en todo el cuerpo le impidiera seguir

adelante. Llegó al puesto de tacos de don Chilo y pidió un barrilito de manzana.

La verdad ya no le prestó mucha atención. Hasta después de un rato me di cuenta de que hablaba con un greñudo al que yo había visto algunas veces por aquí. El chavito le tendía un billete de veinte y el hombre se balanceaba de un lado a otro, dubitativo. Órale pues, chavo, eso fue lo que dijo. El greñas agarró los veinte pesos y fue al puestecito, en donde, sin mayor problema, compró el último del Buenísima con su Llévase Su Ejemplar Con Las Cincuenta Y Dos Chicas Más Sensuales, ¡Una Para Cada Semana! El hombre se guardó la feria y caminó hacia la esquina, quitándole a la muchacha de la portada la piel lustrosa y sintética del plástico transparente. Así fue como la revista llegó a las manos huesudas del muchacho, que jugueteaba nerviosamente con el popote de su refresco.

Subió al puente buscando privacidad, pero, ¿tú crees?, como si hubiera sido adrede en ese momento empezó un verdadero desfile de señoras con bultos, niños chillones, inválidos con muletas, secretarías estiradas y chavos banda. El muchacho ya no supo ni dónde esconderse, y recordando de seguro alguna lección de catecismo, aventó la revista en una esquina, ahí mismo donde el viejo Nicolás la encontró para su complacencia.

Tú todavía como que no lo entiendes, pero todos los que estamos aquí vamos perdiendo contacto con la realidad. Si no, dime: ¿a poco tú hubieras dejado que tus hijos vieran revistas pornográficas? Pues doña Chole, que era bien estricta y persignada cuando llegó, no dijo nada cuando don Nico se la enseñó a Ivancito. Es más: me atrevería a decir que el rostro de la doña se iluminó al ver al viejo y al niño hacer avioncitos con las hojas, y que la escuché reír mientras, una tras otra, las cincuenta y dos modelos desnudas volaban ligeras a merced de los vientos del norte.

Míralo: él llegó por error. No le tocaba. Estaba internado en el hospital de enfrente

cuando le dio el ataque. Fue en marzo, cuando se vinieron los aeronazos aquellos que cimbraron el puente y arrancaron de cuajo algunos anuncios luminosos. Se salió por la ventana del décimo piso, y de no haber sido porque en ese momento una ráfaga lo arrastró hacia nosotros, su figura hubiera seguido una recta trayectoria hacia el cielo. Se atoró en los cables de luz y teléfono que penden sobre el puente.

Nadie se le acercaba al principio, quizás porque estábamos conscientes de que no era uno de los nuestros. Pero uno pierde el cuerpo, no la compasión ni los buenos sentimientos; por eso entre todos lo liberamos. Claro que ahora me arrepiento: ¿Quiénes éramos nosotros para decidir su destino? ¿Por qué no dejamos que algún ser superior -el que nos tiene presos, el que ha decidido que hagamos del puente una casa de fantasmas- lo condujera a su sitio? Lo tocamos con nuestras manos invisibles y lo dejamos marcado para siempre.

Todos sufrimos, pero él sufrirá más y sin culpa alguna. Nadie ha tenido el valor de decirle lo que le pasará cuando el tiempo corra, pero hace poco sus manos comenzaron a desaparecer. Hoy, con dolor, contempla su pecho, una pared a la que se le han arrancado pedazos de mosaicos. Los espacios vacíos no son sino el material de la telaraña informe que unas manos desconocidas tejen sobre el puente.

¡No me chingues, carnal! Neta, a mí nadie me preguntó si quería estar aquí o qué, pero ese ruquillo ya me tiene hasta la madre. Todos los días se viene a echar al rincón y en veces hasta se queda dormido. ¿Cómo chingados se puede estar tranquilo? ¡Putá madre, güey, qué diera yo por estar en su lugar! El pendejo se puede ir a la hora que se l'hinche el ombligo, no está amarrado a este puto puente de mierda. ¡Deveras, güey! Una vez hasta me le colgué del pantalón para ver si lograba bajarme, pero nunca pude despegar las patas del piso.

¡Me lleva la chingada! Pinche viejo, yo no sé que hace aquí, la neta. No ha de tener dónde echarse y por eso viene a jodernos a todos. Se burla el muy cabrón, pa' mí que sí sabe que estamos aquí, y nos viene a partir la madre pa' recordarnos que él se caga en el puente si quiere, porque éste es su cantón y él sí tiene la llave.

Dos novios se besan, juegan a escaparse, corren sobre el puente. Ella mira hacia el suelo. Ella le dice "*me gustaría quedarme aquí, este puente me gusta*". Ella no sabe lo que dice. Ella lo abraza, ella lo besa, ella lo estruja. Ella lo siente junto a sí misma. Quiero cerrar los ojos para ya no ver, pero no tengo párpados. Yo no puedo ser ella y eso me duele.

El puente es un purgatorio con matices de infierno. Ellos no lo saben, por eso quieren escogerlo para edificar sus sueños. Ésta es una casa de vacíos dolorosos: puedo ver y puedo oír, pero nadie me ve ni me oye. A veces me pregunto si hubiera preferido acompañar a mi cuerpo en su camino a la tumba. ¿Cómo se sentirá tener un cristal a unos centímetros del rostro? ¿De qué sabor es el aire enrarecido que encierra un ataúd? Cuando te vuelves polvo, ¿se apiada Dios de tu alma y te deja confundirte con la tierra?

Una idea salvadora: la suplanto. Ese último beso tiene que ser para mí. Me instalo en su cuerpo, presiento sus gestos y los imito. Lo beso. Lo beso y un destello me obliga a apartarme. Contemplo sus ojos oscuros, profundos y dulces, que desde ahora albergan mi imagen difusa. Ella lo mira, desconcertada. No se reconoce en sus pupilas. Él me lleva en sus ojos y una parte de ella se quedará aquí, conmigo, atada a este parentesco que es más fuerte que la consanguinidad: la pertenencia a este puente maldito.

Nuestra ausencia es una herida abierta por encima de la calle. Yo lo sé, yo que llevo más de diez años aquí arriba. Creo que no me falta mucho para desaparecer por completo: no puedo ver mis manos y mucho

menos escuchar mi voz. Mi memoria, eso sí, permanece intacta.

Supongo que para todos es igual: primero no entienden, lloran, tienen miedo; luego se acostumbran y lo sobrellevan. Justo cuando comienzan a sentirse bien y a hacerles maldades a los transeúntes sus cuerpos se vuelven transparentes, huecos. Se convierten en soplos débiles, en pedacitos de quejas. Se alejan. Quieren tirarse a la calle, estrellarse contra los parabrisas de los carros, contra el asfalto caliente, todo para sentir que existen todavía, que pueden oler, sufrir, desgarrarse y maldecir como los de abajo. Insisten en bajar del puente aunque cada escalón en descenso tienda lazos invisibles que los aten al suelo, a esta patria de susurros y lamentos. Se gritan (creen hacerlo), intentan estrujarse unos a otros, se desesperan y lloran, se vuelven caricaturas grotescas de sí mismos. No falta algún loco, sin embargo, que crea ser escuchado por algún fantasma particular cuya presencia lo hace feliz. Pero al final, cuando se convencen de que nadie los oye, de que nadie los ve y de que nadie los siente, se refugian en un rincón, se apoderan de un barandal o se tienden en la cornisa. Ahí siguen esperando como yo esperé, como espero hoy y como esperaré para siempre.

Me llamo Antonia y tengo 11 años. Estoy en quinto de primaria en la "Héroe de Nacoziari", allá en Sierra Ventana. Mi amá y yo llegamos hace como seis meses, aquí abajito íbamos a tomar el 1 para ir anca la tía Mela, pero nos ganó un eco y ni modo: ahí quedamos.

Luego fue bien chistoso porque todo parecía como una película. Haz de cuenta que desde aquí arriba yo vi cuando salieron del hospital los doctores, cuando llegó la policía y cuando nos cubrieron con sábanas. Pero no, no me dolió nadita. Nomás como que me agüité un tantito, porque vi a mi apá llorando allá abajo.

No, fíjate, no me dio miedo. Digo, si me hubieran salido moustros o cosas desas, pues pueque. Acá la gente es bien tranquila, lo único

malo es que de pronto como que ya no los veo bien.

Así le está pasando a mi amá. Desde que llegamos se la ha pasado preguntándole un chorro de cosas a todo mundo, yo no sé de qué. Hace poquillo la empecé a ver borrosa, así como si se estuviera despintando, no sé, es bien raro. Además ya no me grita.

Como sea esto no es tan pior. Ya no me duele nada, no me da hambre y no tengo que estudiar. No me aburro, me la paso mirando a los que pasan e imaginándome que sé quiénes son y a dónde van, si tienen hijos, novia o dos señoras. Además, desde aquí se ven unas luces verdes bien chidas así como rayos, se mueven pa' todos lados. Uno de estos días a ver cómo le hago, pero me cuelgo de los cables para ver de dónde salen.

Ya sé que no voy a estar mucho aquí. Me va a pasar lo mismito que a los demás, me voy a ir desapareciendo hasta el día en que Diosito decida que ya me puedo ir al cielo, y que esta vez va a ser la de a devis.

Alguien -no sé quién, no puedo recordarlo- me preguntó que por qué sonreía. Es que tengo mi cielo personal, le dije, y un rictus de amargura se apoderó de su traslúcido rostro.

La primera vez mi sonrisa se dibujó, descuidada, en una línea de monedas brillantes que un niño indígena acomodaba en el suelo. Ya deja esas monedas y ven a hacer la tarea, dijo la madre desde su puestecito -una hielera desechable, un montón de refrescos de lata y botellas de agua purificada, chicles y cigarros- instalado en la base de las escaleras del puente.

El niño bajó y encontró, detrás de unas cajas, un cuaderno sucio y un lápiz mordisqueado. ¿Cuál es ésta? La aaaaaaa, ¿y ésta? Silencio. La madre le dio un manotazo en la cara, es la i, es la i, pendejo, a ver ¿y ésta? Es la oooooo, ma. Mi sonrisa se apoderó de su cara y la obligó a extender los labios. Ta güeno, miijo, ya mero aprendes la castilla.

Una gota de sangre se deslizó, juguetona, de la comisura de la boca del niño hasta el cuaderno. Entonces sí, la madre, amorosa, le limpió los labios con la orilla de su falda.

Pasó la tarde. Una de las monedas del niño rodó por la calle, burlando su vigilancia. La madre despachaba en ese momento dos Malboros y unos Canel's, por eso no volteó a verlo sino hasta que el cuerpecito fue arrastrado algunos metros por un Monterrey-Villa de Santiago.

El niño llegó al puente. Por alguna razón sólo me veía a mí, a nadie más. Luego me di cuenta de que ninguno podía verlo a él, sólo yo, como una compensación tardía a mi irreversible soledad.

Terminé de enseñarle las primeras letras. Ahora Pablo -así se llama- se entretiene leyendo los anuncios panorámicos Un Nuevo Nuevo León, Gorditas Doña Cata No En La Esquina A Media Cuadra, Raleigh El Cigarro. Su mente no tiene límites, y mi orgullo de maestra se expande sobre la ciudad como una gran carcajada de nubes, luces y rayos.

Nos encontraríamos allá abajo, nos tropezaríamos por error, disculpa ¿te lastimé?, no, no te preocupes, oye, ¿te ayudó con tus libros, bueno, ¿estudias la prepa?, ajá, técnica en la Livas, cultora de belleza, yo ya mero me gradúo, sí, en FIME, fue un gusto deveras, un placer, tu teléfono, ¿no se enojará tu novio?, no tengo, ah bueno, bye.

Luego te hablaría con miedo, como estúpido, bueno, ¿se encuentra Martha?, ¿hola, te acuerdas de mí?, ajá, oye, vamos al cine, paso por ti a las seis, ¿te gustó la película?, no le hagas, ¿tan temprano?, bueno, ni modo, pero me la pasé muy bien, gracias.

Nos besaríamos casi sin querer, afuera de tu casa, nos prometeríamos amor eterno te juro que eres el hombre de mi vida te amo y bueno, llegaríamos hasta el altar después de cuatro años de insólitamente feliz noviazgo.

¿Nunca nos pelearíamos?

Bueno, sí, claro, ¿por qué no estabas en tu casa cuando te llamé?, ¡ójeme, no te tengo que dar cuentas!, ¿ah, sí?, pues sí, ¡lárgate no te quiero ver!

¿Pero serías tan malo?

No, claro que no, ya te dije que tan, tan, tatán... viviríamos en ¿dónde te gusta, mi amor?, yo siempre quise vivir en la Vista Hermosa, nos endeudaríamos, ¿al cabo qué? el primero sería niña, deveras, me encantan las niñas se llamaría Gabriela ojos grandes cabello oscuro piel blanca Sebastián rizos castaños ojos negros...

¿Por qué no Lucía rubia muñeca ojos enormes azules Marcos y Esteban gemelos hoyitos en las mejillas querubines de retablo ja, ja, ja?

Ya en serio, tendríamos dos hijos o tres vacaciones en ¿a dónde quieres ir mi vida?, vámonos a Huatulco me dijeron que está divino rentaríamos un carro llegando allá divino, divino, regresaríamos allá en los 25 años...

Ya para qué.

No te burles, después de las bodas de Gabrielalucía y de Sebastiánmarcosesteban hubiéramos disfrutado mucho...

Ya mejor cállate, el hubiera es el tiempo de los pendejos.

No me pendejees, en todo caso es bronca de los dos: si hubiéramos subido al puente no hubiéramos tenido que vivir en él toda la eternidad.

Ay, no exageres, además me lo dices como si yo tuviera toda la culpa...

...

Ya, no te enojas, y dime: ¿cómo hubiera sido si yo hubiera sido una dama madura y tú hubieras sido un jovenzuelo?

Ja, ja, ja. Qué graciosa.

Pues hubiera sido muy divertido. Nos hubiéramos encontrado abajo de este puente; yo habría ido al hospital a visitar a una hermana enferma y te hubiera encontrado en los pasillos.

¿Yo habría ido a visitar a... digamos... un amigo accidentado?

Exacto. Yo me habría sentido un poco mal y tú me hubieras...

Te hubiera sostenido, pues. Qué predecible eres.

Pues si no te gusta hazlo tú.

Está bien, no te enojas... ¿en qué íbamos? Ah, sí: disculpe usted, señora, ¿se siente bien?, no te preocupes hijo, no me pasa nada, déjeme la compañía, eres muy, muy amable...

He oído sus voces antes de que se apaguen, conozco sus historias. He sido testigo de llantos, de risas, de encuentros inesperados. Los he visto besarse, golpearse, ignorarse. Los he visto desvanecerse (¿He visto cómo yo misma me desvanezco? ¿He oído mis llantos? ¿He sufrido ya lo suficiente?)

Yo fui la primera en llegar y nunca pude hablar con nadie. El segundo que llegó no pudo verme; yo era prácticamente invisible. Hay quienes creen que son los más viejos, pero nadie tiene, como yo, el cetro de este reino. (¿O será que a mí me pasa lo que a los demás? ¿Será que hay otros tantos que pensaron lo mismo cuando yo llegué a este puente? ¿Cuántos reyes o reinas, princesas y caballeros en harapos conformaremos esta grotesca corte?)

Por ser la más anciana de este clan (hasta que se demuestre lo contrario) me corresponde el papel de cronista (yo sola me lo he adjudicado, pero en realidad no importa). Desde aquí he visto cómo Monterrey sufre una metamorfosis, una contracción que da por resultado un edificio aquí, una calle allá. He visto transcurrir el tiempo, las estaciones, las catástrofes. Vi las olas en el Santa Catarina como lenguas enormes de lodo, y un montón de seres con los ojos anegados y los cabellos chorreando que eran arrastrados por la corriente. He visto una luciérnaga de acero recorrer la ciudad de un lado a otro, incansable. He visto que Monterrey se retuerce y que por las noches la mujer del cerro allá en las Brisas llora, impotente, porque no logra quitarse el montón de lucecitas

amarillas de su falda. He visto muchas cosas que nadie me explica.

Mi ciudad ya no es la misma porque ya no es mi ciudad. Mi ciudad es ésta, la urbe desierta de los guardianes del puente de la que soy soberana y prisionera. Aunque, finalmente, ¿hay alguna diferencia? Los límites entre una y otra ciudad se desvanecen cuando miro los rostros congestionados de los transeúntes, agobiados por las deudas y los problemas familiares, presos también de esa cárcel que se llama vida. Además, aquí he visto algo parecido a la felicidad; algún niño ha sonreído, un par de adolescentes se han mirado con ternura y curiosidad, una madre ha descansado de sus fatigas. Me supongo que es cuestión de perspectiva.

No queda más que seguirle dando vueltas a las mismas ideas, éstas que me ocupan desde el primer día que llegué a esta corte. ¿Y qué tal la gente de otros puentes, de otros mares, de otros sitios de muerte? ¿Pensarán, sentirán, estarán presos? ¿Podrán volar, visitar los cielos y los infiernos o estarán, como nosotros, condenados a deambular en un espacio reducido?

De cualquier forma aquí sigo, sola pero acompañada (como la virtuosa Genoveva de Brabante), triste pero resignada (y a todo esto, ¿qué es la tristeza, sino un sentimiento de mortales?), dueña y señora (como debe haber otras tantas) de esta ciudad de leprosos imaginarios.

club de lectura Las Aureolas de Reyes

*"Las aureolas están sobre
nuestra cabeza, para echarnos
a andar, como seres pensantes"*

Reuniones semanales y Lecturas con invitados especiales

Todos los jueves de 19:00 a 21:00 hrs.
Entrada libre

Préstamo e intercambio de libros

De lunes a viernes de 18:00 a 22:00 hrs.

¿Donaciones de libros?

Los adoptamos con las páginas abiertas

Padre Mier No. 627

frente a la Plaza de la Purísima

Tel: 345-23-31 y 342-9220

Correo electrónico: pggrafico@mail.giqa.com



Estrategia para perder la identidad. Polaroid manipulado (original a color) 1996. F.J.E.

CADA 54 AÑOS

Sabina Bautista

Lo mira en silencio mientras termina de vestirse. Tiene que rodear la cama para tomar su bolsa que está sobre la mesita de noche. Se quedan mirando uno al otro. "No tengo que prometer nada".

Ella se acerca para darle un beso en la mejilla, es casi un roce, da media vuelta y abre la puerta despacio, como dándole tiempo a que diga algo, pero sólo el silencio se deja escuchar.

Al cerrar la puerta, el vacío encuentra su epicentro en el estómago de Héctor y se va expandiendo hasta quedar colgado de las pardenes, las cortinas y el foco en el techo. Héctor aprieta la mandíbula y contiene la respiración para que el grito de nuez no lo ahogue. Se acerca a la ventana. Quiere encontrarla parada en la calle, mirando hacia arriba, esperándolo, pero no hay nadie. El humo del cigarro dibuja caracoles en el aire y recorta el anuncio incompleto de neón: *Hotel Portales*.

Una brizna intermitente cae sobre su rostro, se cuele sigilosa en su pecho para salir de nuevo, hacer que estalle y volverlo completamente agua. Aspira una bocanada de humo e intenta encontrar algún recuerdo que evite que sus ojos sigan escurriéndose por el cristal.

Cierra las cortinas, y se deja caer en la cama deshecha; el aire de la ciudad resulta bueno para recuperarse, va ganando terreno sobre su piel de naranja agria. En el techo descubre figuras concretas: una mano, un pie, el rostro de Ella.

Hace unas horas la tenía viviendo para él, ardiendo en esas mismas sábanas percutidas y tiesas. Ahora está solo, mirando sin ver el televisor en blanco y negro colgado del techo y las cortinas que se levantan con el aire que entra por la ventana. "Caballos que se mueven sin carrusel, perdidos sin saber cómo cabalgar en la tela. Aire y agua mezclados para apagar todo este fuego".

Escucha la gotera persistente. "Habrá dejado mal cerrada la llave después de bañarse". Se dirige al baño y tiene que prender la luz para no tropezar con el sanitario. "El empaque está roto, no fue Ella". Su voz se transforma en esa gota que escurre de la llave, es agua de nuevo y mientras corre por el piso del baño, entre las boquillas de los azulejos, regresa los minutos para vivirlo todo otra vez y recordar cómo era su rostro, su vida antes del bar, antes de fijar la mirada en Ella, antes de todos los antes que vinieron después de tocarla.

—Antes no acostumbraba venir a lugares como estos, me parecía aburrido.

—¿Y ahora por qué vienes?

—Porque antes era feliz y libertino, ahora soy un solitario aburrido.

—Suena a película mexicana: Arturo de Córdoba es El viejo triste ¿por una mujer?

—Por todas las mujeres.

Ella acomodaba una y otra vez el cabello liso y largo detrás de la oreja. Su atención estaba lejos de las palabras de Héctor, que saltaban de una tema a otro.

Las horas se mezclaron en los cócteles y pasaban ebrias entre una cascada de historias. Sin que nadie lo invitara, el silencio tomó una silla y se metió en la plástica.

Ella sostuvo la conversación con sus ojos de avellana, mirando un crepúsculo en el interior de Héctor. Lo miraba apagarse.

Héctor intentó mantenerse erguido, pero en su vaso se dibujó un paisaje con tonos rojizos, amarillos que le obligó a bajar la guardia.

—Tequila sunrise, amanecer con tequila, amanecer contigo, aunque seas una extraña.

Por primera vez en toda la noche Ella mostró para Héctor el detalle exacto de su rostro: destellos negros, nariz recta y una boca del tamaño justo para llenarla con besos.

—Amanecer con tu boca pegada a la mía.

Un brillo tenue rodeó su cuerpo y fue haciéndose más intenso conforme Héctor se acercaba para grabarse el olor de su perfume.

Antes de que pudiera decir palabra Ella provocó un incendio de caricias y besos. El deseo descubrió una cadena entre ellos, tejida en otro momento de la vida que Héctor no pudo precisar. Ella pertenecía a su antes, no sabía cómo ni dónde pero, ahora la encontraba de nuevo, no iba a permitir que se marchara.

—Caminas muy rápido.

—Y podría volar si quisiera.

Héctor estaba seguro de que podía hacer eso y más.

Llegaron a un hotel ¿cuántas veces había llevado a otras mujeres, a otros Héctor de traje y corbata, con el informe grabado en un montón de papeles que todas pretendían haber escrito? sólo que ahora el cuarto era tan pequeño, antes era más grande, antes más limpio, antes más joven.

Ella abrió cajones, puertas, llaves de agua, buscando a ese Héctor perdido en el antes, que amenazaba con apagarse en el quicio de la puerta, con el cabello cano y los hombros caídos dentro de un traje impecable. Ella se quitó la ropa para mostrar el terso resplandor en la obscuridad del cielo y cruzó sin perderse, el cuerpo masculino.

Héctor fue marcando con besos las dos fronteras, desbaratando caminos sobre la piel desnuda. Se perdió en el cabello largo y el agua del que estaba hecho, se evaporó dejando al nuevo Héctor, vigoroso y potente. Encontró el punto exacto para arder juntos, hasta casi extinguirse para resurgir de nuevo sin cenizas, sin ave fénix, consumiendo sólo el tiempo.

—He leído muchas teorías sobre qué es un cometa. Las he olvidado todas porque son falsas. Sé de qué está hecho un cometa y lo que es más, sé de sus efectos. Si no eres un cometa, ¿cómo explicarse entonces ese

destello que dejas a tu paso, esa irresistible tentación de arder?

—¿Por qué un cometa y no una estrella?

—Porque cometa es la ambigüedad en acción, es tangible e intangible, a discreción y voluntad del mismo; a su paso puede verse y hasta tocarse, pero nunca de manera definitiva, asirse. Conoce todos los rincones del macrocosmos, pero no puede crear ni mantener un microcosmos.

—¿En verdad crees que soy todo eso?

—Sí. ¿Por qué no quieres decirme tu nombre?

—No quiero tenerlo. No lo necesito. Como me llames, de todas maneras no seré esa mujer, seré otra, la que nunca llevará tu argolla en el dedo, ni marca alguna del pasado, sin nombre no puedo tenerlo y el tiempo no me tocará. Yo no soy. Yo estoy.

—Entonces quédate.

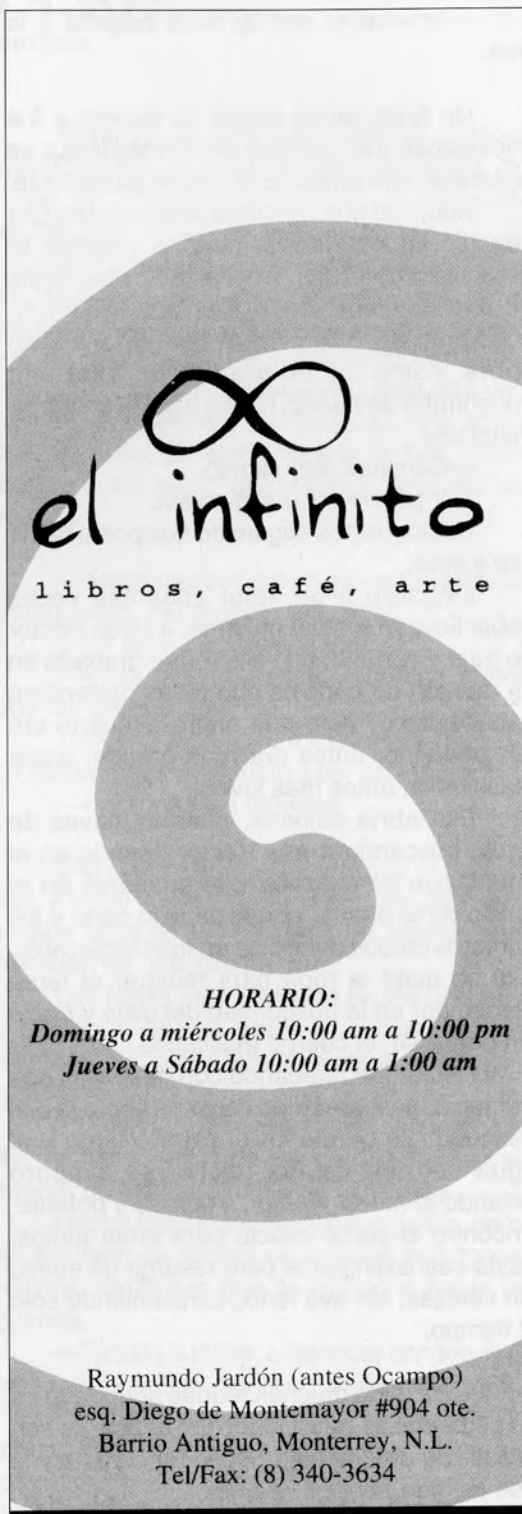
El frío es el nuevo inquilino de su cuerpo y ha echado fuera todo el calor que había acumulado al girar con ella, entre las cuatro paredes de la habitación, sobre su cuerpo, alrededor de sus dudas por encontrarla después de 54 años, cuando el espejo regresa a un hombre cansado y ansioso por beberse un elixir que le devuelva todo lo que se ha gastado. Frente a Ella una piel sin manchas ni gestos amargos, la fuerza para vencer el hastío, el entusiasmo para hacer el amor en cualquier momento, haciendo mucho ruido, sin temores ni consuelos de que eso les pasa a todos los hombres, tarde o temprano.

El aire helado entra por la ventana y le entume los pies; persisten la gotera y el zumbido del televisor. Otro cigarro para llenarse con algo el estómago. Tira el cerillo, cierra los ojos y siente el cuerpo húmedo.

"El cometa es hielo y fuego, prende, quema, atemoriza, congela, pero es inmune a sí mismo. Arranca raíces a su paso, pero nunca siembra las tuyas por donde pasa; no las siembra por ser contrario a su naturaleza, al vagar, al errar. Su naturaleza es su sino, para bien o para mal".

Una ola de calor lo invade por dentro. "Es casi imposible detener un cometa, sólo interponiéndosele de frente se puede detener su vertiginosa carrera, pero se corre el riesgo de perecer". Su frente se corona de sudor y el humo se queda a vivir en su garganta. Las llamas que envuelven las sábanas anteceden su llegada. "Ha vuelto".

Abre los ojos.



el infinito
libros, café, arte

HORARIO:
Domingo a miércoles 10:00 am a 10:00 pm
Jueves a Sábado 10:00 am a 1:00 am

Raymundo Jardón (antes Ocampo)
esq. Diego de Montemayor #904 ote.
Barrio Antigua, Monterrey, N.L.
Tel/Fax: (8) 340-3634



Tras el jolgorio y la muerte, la calma. Polaroid transferido 1981-1996. F.J.E.

•YO, MODESTA BURGOS

Cristina Rivera-Garza

CAPITULO I AGUJEROS LUMINOSOS (FRAGMENTO)

Es una noche de verano. Mientras la mayoría duerme ya y la ciudad se distiende sobre el valle de Anáhuac, Joaquín Buitrago permanece despierto, con los ojos abiertos y los músculos tensos. Hay un zumbido de abeja dentro de su cabeza que no lo deja dormir ni respirar en paz. *Modesta*. Al encender un cerillo, la luz anaranjada del fósforo alumbró sus dedos manchados de nicotina y la carátula del reloj de bolsillo bajo la cual las dos manecillas doradas, encaramada una sobre otra, parecen haberse detenido para siempre a las doce en punto. Con la misma flama prende la lámpara de petróleo, el quemador izquierdo de la estufa y un cigarrillo Monarca ovalado, sin filtro. Hay, sobre su rostro, una sombra casi violeta a punto de convertirse en sonrisa que, sin embargo, se le queda congelada en una mueca informe sobre los labios. Aún sin verla, la expresión lo molesta, lo avergüenza, pero no puede hacer nada para borrarla. Está alegre. Su rostro es el de un hombre que no sabe qué hacer con la alegría.

Sin camisa, pasándose de vez en cuando el pañuelo sobre la frente y alrededor del cuello para eliminar el exceso de sudor, Joaquín pone a hervir agua en una olla de peltre azul. Está preparando la emulsión de almendras dulces, Clorhidrato de Morfina y jarabe de flor de naranjo que ya no puede nada contra su insomnio crónico pero cuyo olor lo hace soñar de cualquier manera, aún con los ojos abiertos y los músculos tensos. Lo ha intentado todo, las tinturas de colombo, de cuasia, de geniana, de quina: 30 cc de cada uno mezclado con diez centigramos de morfina. Tres cucharadas al día. Veinte. Vasos enteros. Opio en agua de almidón. El Bromuro de Potasio, perfecto para aquellos atacados por preocupaciones de espíritu, afecciones morales depresivas y

esfuerzos intelectuales excesivos. El Bromuro de Sodio, recomendado en casos de constante irritación. El Paraldehído en jarabe de laurel de cerezo o en agua de tilo. Y, más recientemente, las Benzodiazepinas. Su insomnio ha vencido todos los remedios. Al final, sólo la emulsión de almendras es capaz de apaciguarlo mientras guarda los moretones del amanecer en el horizonte del cielo. Entonces, entre las seis y las ocho de la mañana, duerme sobre su catre justo cuando todos los demás despiertan y la ciudad vuelve a juntarse en su nudo de ruido y velocidad.

La luz lo distrae. Siempre lo hace. No lo puede evitar. Apenas el ámbar cruza el límite movido entre la oscuridad y la falta de oscuridad, sus pupilas van detrás del color como por instinto. Una palomilla nocturna. Son muchos años ya de perseguir la luz como se persigue a un animal. Años de esconder el rostro y el cuerpo detrás de lentes, esterópidos Gaumont comprados en París y cámaras Eastman o Graflex traídas directamente de Rochester. Son ya muchos años inútiles, años extendidos como un lienzo de muselina negra horadado a veces, muy pocas veces, por la sorpresa de algunos agujeros luminosos, efímeros. Luciérnagas como mujeres y viceversa. Inmóvil, preso una vez más de su automatismo fototrópico, Joaquín observa las cuatro paredes de su vivienda. Aspira el humo del cigarro, se coloca las madejas de su cabello grasoso detrás de las orejas, cruza los brazos sobre su pecho desnudo y ve. No hay nada que haga o recuerde con mayor placer: ver. Joaquín es un hombre tenso, alguien que sólo se siente cómodo fuera del límite de los objetos, en los márgenes de los días, detrás de los espejos. Bajo la luz mortecina que produce el petróleo, las sobrepuestas capas de pintura crean paisajes umbrosos sobre los muros de adobe de su cuarto. Hay un bosque otoñal expandiéndose sin orden o dirección, como una epidemia. Ocre. Almagre. Arcilla.

Atrás emergen montañas de aguamarina y cielos encapotados de púrpura. Aquí y allá aparecen los hocicos abiertos de los perros rojos de ira y melancolía y, en el fondo, en lo que fue tal vez la capa de pintura original, hay rizos de nieve blanca forzados a caer por los embates del salitre y la humedad de todas las temporadas de lluvia. La nieve. La nieve sempiterna de los alpes italianos. La nieve del tiempo, mansa y blanca, duradera. Por un momento, el deseo de sentir los copos de nieve es tan agudo que Joaquín tiene que cerrar los ojos. Entonces, refugiado en la penumbra de su cabeza, recuerda lo mucho que le disgusta el color blanco. La ausencia de color.

- Modesta -murmura mientras mueve la cabeza de izquierda a derecha y vierte un poco de la emulsión en un pocillo de barro. El líquido deja un escozor amargo en la punta de la lengua y, después, varios coletazos agrídulces a lo largo del esófago. Una vez en el estómago, los almendros y la flor de naranjo se combinan para crear una tarde fresca en la orilla de los labios.

- ¿Cómo se convierte uno en fotógrafo de locos? -le había preguntado. Joaquín, desacostumbrado a oír la voz de los sujetos detenidos frente a la cámara fotográfica, pensó al inicio que se trataba del murmullo de su propia conciencia. Ahí, frente a él, sentada sobre el banquillo de los locos, vistiendo el uniforme azul de los locos, la mujer que debía estar inmóvil y asustada, con los ojos perdidos y la hilerilla de baba en la comisura de los labios, se comportaba en cambio con la socarronería y altivez de una señorita de alcurnia posando para su primer tarjeta de visita. El había hecho tantas después de todo, cientos de ellas tal vez. Antes de llegar a las cárceles y, después, al manicomio, él había sido un profesional de la fotografía. Un hombre de levita y zapatos boleados ante el cual las mujeres más diversas se abrían como puertas. Bastaba una frase, cierto tono sugerente de la voz, para extraer la mejor coquetería y el más honesto exhibicionismo femenino. Lo que él buscaba era el azoro, el rasgamiento del

pudor, su misma médula. Antes, ahora no. No desde hacía muchos años. No hasta volver a encontrar a Modesta. En lugar de recargarse sobre la pared y mirar en silencio hacia el vacío, ella se había inclinado hacia la cámara y, acomodándose el largo cabello de caoba con gestos seductores, hizo como al descuido la única pregunta que le recordaba a la muerte. La suya.

El fotógrafo pudo haber respondido lo que siempre se decía a sí mismo: esta maldita morfina. O lo que nunca se decía a sí mismo pero que hoy, este 26 de julio a las 3:30 de la tarde, le llegó de repente a su cabeza: Roma, la imposibilidad de la luz romana. Por algunos instantes, todavía incapaz de creer que una loca lo pusiera entre la espada y la pared, estuvo tentado a contarle el milagro de sus tres años en Italia. 1897. El ejercicio voraz de la fotografía. Roma fija para siempre en placas de plata sobre gelatina. Roma hiriendo sus retinas de 26 años. Un verano muy largo. Una esperanza de lomas, nubes, ríos. Una mujer: Alberta. Roma que había partido su vida como una vara: antes y después. Alberta antes y, después, la morfina.

- ¿Cómo te llamas? -el sonido de su propia voz lo sorprendió.

- Modesta. Modesta Burgos.

Repitió el nombre un par de veces tratando de mantener la atención de la mujer en la lente. Luego, la tercera, cuarta vez, comenzó a degustarlo, a masticarlo, a exprimirlo. Ella se abrió. Su sonrisa primero y después sus ojos. La mujer ya estaba posando. En ese momento la luz de julio se transfiguró y las aguas del Tíber remojaron sus rodillas. Alberta estaba gritando su nombre y agitando sus manos como si él se encontrara en la otra orilla.

- Aquí estoy -le dijo.

- No, tú estás aquí -murmuró la mujer llevando la mano masculina hacia el ángulo de sus piernas. Joaquín, tomado por sorpresa, no supo que hacer. Ella lo atrajo hacia sí, mesó sus cabellos y se burló de su torpeza.

- ¿Entonces cómo se convierte uno en un fotógrafo de locos? -la pregunta de

Modesta lo sacó de las aguas del Tíber y lo trajo de regreso hasta Mixcoac.

En voz muy baja, totalmente inaudible, Joaquín dijo para sí: *"todo fracaso comienza con la luz, con el deseo de atrapar a la luz para siempre"*. Luego, molesto, reaccionando con la hostilidad que todos le conocían, dijo algo que sí se oyó:

- Mejor dime cómo se convierte uno en loca -por toda respuesta Modesta alzó los hombros y le hizo un guiño con el ojo izquierdo.

- ¿De verdad quiere que le cuente?

Joaquín Buitrago, que había olvidado la risa, se asombró al sentir sus labios estirándose hasta dejar salir el sonido débil y quebradizo de una carcajada. El eco se abrió paso entre el aire del manicomio y, como si no tuviera más lugar a donde ir, se le introdujo por los agujeros de las orejas. Ese era el rumor que invadió su cabeza todo el día y toda la noche. No era el monótono sonido de una abeja, sino el estrépito de un vaso de cristal rompiéndose dentro de sus venas. Sabiéndolo ya, y como siempre a las seis de la mañana, cayó rendido, engarrado y todavía tenso sobre su catre maltrecho.

A las ocho de la mañana, siendo ya el 27 de julio, Joaquín recordó con absoluta certeza donde había visto antes a Modesta Burgos. Se incorporó en el acto y se dirigió al baúl de latón que, junto con el catre, la silla y la mesa de madera, constituían los únicos muebles del cuarto y todas sus pertenencias. Lo abrió con las manos llenas de excitación. Luego, extrajo con sumo cuidado su tesoro más preciado: la colección de fotografías estereoscópicas colocadas sobre monturas de cartón que había tomado justo después de su regreso de Italia. Cada placa contenía la imagen de una mujer desnuda, una mujer cubierta de deseo, y expuesta. Mirando a través de los dos oculares del visor revisó los retratos uno a uno. La satisfacción llenó su rostro. Mientras intercambiaba las placas, su gesto huraño y descreído se tiñó de vértigo. Volvió a tener 28 años. Las cejas pobladas y todavía negras sombrearon sus ojos hundidos

con el jugueteo de la juventud y la nariz aguileña, castiza, adquirió de nueva cuenta el ángulo de su voluntad. Volvió a creer en la posibilidad de extraer y fijar la singularidad de un cuerpo, un gesto. La posibilidad de detener el tiempo. Ahí estaban una vez más, imperecederas, las poses únicas, casi naturales, de las mujeres de una casa de citas. *Mis mujeres*. En el centro de cuartos abigarrados, rodeadas de estatuillas y espejos, vistiendo ropas transparentes de lejanas ascendencias orientales o completamente desnudas en cañadas perdidas, las mujeres lo miraban a los ojos como si estuvieran haciendo un pacto de eternidad. No recordaba sus nombres ni el de los lugares. Difícilmente ponía atención a las fechas. Raras veces tomaba notas. Lo único que Joaquín era capaz de salvar en su memoria estaba almacenado en reflejos, gradaciones de luz, imágenes. Bajo su poder todo era real y todo era posible. Fuera de él sólo existía el blanco, la ausencia de color que él asociaba con la muerte y el más allá ¿De qué color sería el limbo?

En la placa número 17 apareció la imagen de Modesta Burgos y Joaquín, sin despegar los ojos de los cilindros del visor, sonrió. No lo pudo evitar porque ni siquiera se dió cuenta que lo estaba haciendo. Modesta había elegido la mesa de mármol y las pieles de oso: se recostó sobre ellas. Luego, ya sin ropa, se recargó sobre su brazo derecho y sin más le ordenó que empezara la sesión.

- Después de todo tú eres el que quiere las fotos, no yo -divertido, Joaquín obedeció en el acto.

Como todas las mujeres que había retratado en el mismo burdel, Modesta seleccionó voluntariamente el escenario y las poses. Algunas habían preferido permanecer en sus cuartos, recostadas sobre los mismos colchones donde realizaban su trabajo; otras, en cambio, le sugirieron la visita a un arroyuelo cercano. Algunas se desnudaron sin más, otras eligieron exóticos tocados chinoscos y, las menos, decidieron enfrentar la cámara con sus ropas cotidianas a medio quitar.

Todas habían visto sin duda las postales eróticas de moda en el mercado y, aunque Joaquín les había explicado que sus fotografías no tenían interés comercial alguno, al inicio la mayoría hacía esfuerzos entre risibles y sinceros por imitar las poses de languidez o provocación de las divas con nombres tan imposibles como Adela Eisenhower o Eduwiges Freeman. Después, conforme la sesión avanzaba y la inermidad de Joaquín lograba crear un tenue lazo de confianza entre ellos, algunas modelos, siempre las más pocas, empezaban a fluir. Cuando ocurría, el proceso era lento, casi subterráneo y, de no ponerle toda la atención, hasta podía pasar desapercibido. En esos momentos Joaquín siempre pensó en los movimientos de un girasol. A veces era solamente un gesto de asombro, cierto dejo de timidez o de hastío, la interrogación apenas visible en el rostro: ¿qué diablos estoy haciendo aquí? Las mujeres se dejaban ir hacia adentro, hacia el lugar donde se veían como ellas mismas querían verse. Y ese era precisamente el lugar que el fotógrafo anhelaba conocer y detener para siempre. El lugar en donde una mujer se dice sí a sí misma. Ahí la seducción no iba hacia afuera ni era unidireccional; ahí, en un gesto indivisible y único, la seducción no era un anzuelo sino un mapa, una nube tal vez, una fuente manando líquidos azules hacia todos lados. Joaquín estaba convencido que era posible atrapar ese lugar, hacerlo eterno. Joaquín Buitrago todavía creía en lo imposible cuando Modesta se quitó la ropa sin pena alguna y, buscando sus ojos tras el lente desde la mesa de mármol, le preguntó:

- ¿Cómo se llega a ser fotógrafo de putas?

Pensó en Alberta, no tuvo alternativa, pero conservó la calma. Su desconcierto sólo fue evidente en el ligero temblor de sus dedos al manipular la retina del Gaumont. *¿Te atreverás a responder esta vez, Joaquín?* Esa era la pregunta que nunca quiso contestarle a nadie y mucho menos a sí mismo. A veces, en las raras ocasiones en que tomaba cerveza

con algunos conocidos de la Academia San Carlos, ensayaba el cinismo. *"Todos somos hombres ¿no? ¿A poco tengo que explicártelo?"*. Para encontrar el tono exacto de la ironía, sin embargo, tenía que estar borracho o medio distraído. Fuera de sí. En sus otros días sobrios y tensos, la adrenalina lo llevaba directamente a la vaguedad. En lugar de responder con frases completas, recurría a las palabras belleza, espíritu, eternidad, las cuales pronunciaba con la fingida ligereza del sabio. Con el tiempo, mientras intentaba por todos los medios detener la curiosidad de los conocidos, Joaquín se volvió un experto fabricante de evasivas y, eventualmente, cansado ya del juego ciego de las palabras, también le dio por evitar los encuentros. Un hombre rara vez puede confesar que toma fotografías de mujeres para volver al sagrado lugar de una sola mujer. Alberta. Un hombre, en esos casos, prefiere la soledad. Alberta diciéndole: *"Todo es posible Joaquín, excepto la paz, ¿no te habías dado cuenta?"*. Joaquín terminó de fotografiar a Modesta en el más absoluto silencio. La imagen de Alberta abandonándolo, dejándolo varado para siempre a la orilla de un río, lo persiguió de cerca todo el camino de regreso a su casa. El perro azul de la memoria le mordió los tobillos.

Para imprimir las placas utilizó Bromuro de Plata y, manipulando cuidadosamente el proceso fotográfico, logró producir vistosos colores. Después, todavía cubierto por el sudor, el cansancio de varios días sin sueño y la excitación que le producían las imágenes, las observó una vez más antes de introducirlas con toda delicadeza a su baúl de latón. Se sentó sobre él. De pronto, la fragilidad de las fotografías estereoscópicas en vidrio le provocó un ataque de ansiedad. ¿También la eternidad terminaría por quebrarse? ¿Habría algo dentro de él que pudiera permanecer a salvo de la lejanía de Alberta? Incapaz de responder, siempre incapaz de responder, Joaquín encendió otro Monarca y, tirando la ceniza sobre el piso de madera, esperó pacientemente la luz del amanecer para poder

descansar. Sin paz.

Soñó con Alberta. Con la apertura milagrosa que era Alberta. Dentro de su sexo había luz; dentro de su boca nacía la luz; dentro de sus ojos moría la luz. Para verla, bastaba con estar a su lado y dejarse llevar. Hacia adentro. Como alguna vez sucedió en Roma, Alberta colocó su propia luminosidad sobre las manos de Joaquín en el sueño.

- Haz lo que quieras -dijo. La sonrisa en su rostro era atroz. Lo sacudió por completo. El aceptó el regalo sin dudar, sin medir las consecuencias.

- También eso puedes hacerlo.

El punzar de la certeza lo despertó. Eran las ocho de la mañana y el sol de mayo irrumpía ya a través de las cortinas. El dolor le impidió la respiración por un momento. El dolor se le incrustó como un alfiler bajo las uñas. El dolor se convirtió en un pabellón amarillo que no le permitía ver nada más. No pudo moverse. *¿Cómo se convierte uno en un fotógrafo de putas?* Por esto, esto que no se podía pensar y mucho menos decir. Esto que se denominaba Alberta y quería decir imposibilidad.

Poco después del mediodía un mensajero tocó a la puerta de su casa. El niño moreno y andrajoso preguntó por Don Joaquín Buitrago y, luego, le entregó en persona un sobre color violeta. Dentro, en una tarjeta del mismo color, encontró la siguiente frase: *Todas las mentes enfermas y carentes de buen gusto y arte juzgan al desnudo como inmoral.* La firma era de Modesta Burgos. El fotógrafo tiró de inmediato el sobre pero conservó la tarjeta dentro del bolsillo derecho de su chaleco por varios días. Cuando, semanas después, se decidió a visitar una vez más el burdel por Salto del Agua donde trabajaba Modesta, la matrona le informó que la pupila había desaparecido de la mano de un dizque ingeniero de los Estados Unidos.

- No sé que tienen estas indias que siempre vuelven locos a los gringos -exclamó con sincera comprensión-, ¿quiere a otra de las muchachas?

Joaquín respondió que no y luego guardó silencio. La noticia no le causó mucha sorpresa. Después de todo no sabía si quería volver a ver a Modesta. La música del piano y el barullo sincopado del lugar lo abrumó. Quiso quitarse la camisa y correr medio desnudo por los pasillos de la casa; quiso abofetear las mejillas regordetas de los burócratas, soldados y oficinistas que pululaban el recinto con sus "mentes enfermas y carentes de buen gusto y arte"; quiso inclinarse frente al regazo de las mujeres que, tal vez, contenían toda la luz del mundo. En su lugar, Joaquín consultó su reloj de bolsillo y partió con rumbo a la cantina más cercana. Eran apenas las once de la noche.

En El Templo del Amor, alrededor de una de las mesas del fondo, algunos miembros del gremio de fotógrafos se encontraban ya medios borrachos. Algo discutían airadamente entre copas de brandy, cervezas Moctezuma y largas bocanadas de pipas y cigarrillos. Cuando Joaquín cruzó la puerta de entrada, uno de ellos, Abraham Lupercio, se sustrajo del alboroto y lo llamó a gritos.

- ¿Cómo ves, flaco Buitrago? ¿Somos fotógrafos o periodistas gráficos? -Joaquín trató de esconder su disgusto al escuchar el segundo término, *periodista gráfico*. Y tampoco pudo deshacerse del brazo de Lupercio que se le enredaba alrededor del cuello. Joaquín sólo fue capaz de pensar en la humillación.

- Vean. Acabo de encontrar a otro puro - anunció a la concurrencia. Agustín Casasola, Jerónimo Hernández y hasta Luis Santamaría se volvieron a saludarlo. De entre todos ellos, sólo el segundo había visto su trabajo. Fue después de una borrachera. Jerónimo había declarado que las mujeres ya no tenían misterio y había que inventarlas a todas de nuevo. Joaquín trató de aducir lo contrario pero, careciendo de palabras y argumentos, optó por dejarlo ver sus placas a través del visor estereoscópico "*¿Ves? ¿Te das cuenta?*", le preguntó varias veces, ansioso. Para Joaquín, el milagro de las mujeres abiertas tras el lente no sólo era obvio sino

además irreversible. No había que cambiar nada, lo que tenían que hacer era aprender a ver, echarse un clavado al vacío y romperse la cabeza de una vez y para siempre. Todas estaban ahí, detenidas dentro de ellas mismas, tan contenidas y tan dentro que su fuerza amenazaba con destruir las estructuras del ojo que las espiaba. "*¿Ves? ¿Te das cuenta?*". Por toda respuesta Jerónimo murmuró: "*¿Es esto lo que fuiste a aprender a Roma, flaco? Esto es un trabajo muy menor*".

- Pues yo sigo sosteniendo que los puros están destinados al fracaso -Víctor León alzó su botella de cerveza-, pero brindemos por ellos de cualquier manera.

Incómodo, con una copa de whisky en la mano, Joaquín se regodeó en la idea del fracaso: era de color lavanda y olía a silencio. Mientras los otros enumeraban con desparpajo los nombres de sus mejores herramientas, *Graflex, Eastman, Dehel, Proritor II*, Joaquín saludó las manos del fracaso y lo invitó a sentarse junto a él. Contra toda expectativa, se sintió pacífico a su lado y tan relajado como una nube. Joaquín se imaginó por primera vez que en el fracaso podría descansar, que tal vez en el fracaso encontraría finalmente la paz. El fracaso no sólo significaba no triunfar, sino ir a contracorriente del progreso, el tiempo mismo, y él, tal como el país entero, no necesitaba nada más. Cuando Joaquín logró salir del Templo del Amor, lo hizo como si ya todo estuviera listo para alejarse definitivamente de la veloz línea recta de la historia: sin despedirse. Afuera, el amanecer golpeaba a la ciudad hasta dejarla muerta. Pocos recordaron su nombre. Con el tiempo, cuando alguien se decidía a inquirir por su suerte lo hacía refiriéndose al 'fotógrafo de putas'. Las respuestas variaron con los años. Por algún tiempo y a intervalos desiguales trabajó haciendo placas de los presos en la cárcel de Belén y luego, cuando ya a nadie le interesaba su caída, aceptó hacer retratos de locos para el registro del manicomio La Castañeda. Más tarde nadie preguntó por él.

¿Cómo se llega a ser fotógrafo de locos? Basta con saber usar una cámara y vivir en este país después de haber visto la luz de Alberta. Eso es todo, Modesta.

LIBRERIA EDUCAL

en Monterrey, N.L.

Arte Mexicano
Cien de México
Cien del Mundo
Los noventa
Periodismo cultural
Botella al mar
Barril sin fondo
Lecturas mexicanas
El sueño del dragón
Leer es crecer
Regiones

*

Colección archivos
Colección letras de la República
Frutos pródigos
Encuentro
Revistas de todo el país
Viajeros del conocimiento
Di si a la lectura
Claves de América Latina
Presencias
Los libros tienen la palabra

Zuazua #124 Nte. Col. Centro
Tel/Fax 344-1764 Monterrey, N.L.

• PONCHITO

José Julio Llanas

Relato



Autoretrato. Polaroid manipulado (original en color) 1996. F.S.E.

Un rayo de miedo la sacude cuando aquellos rostros de odio se clavan en su mente. A pesar de la lejanía puede sentir el dolor de los gritos restregándose en su interior. Desvía los ojos para confortarse con la figura de su esposo. ¿Dónde estás? Él aún no aparece, fue a cambiarse de ropa, le había dicho: *"en esta ocasión es imprescindible para enfrentar a la enardecida muchedumbre"*. Por fin llega. Ella lo mira meditabunda. Eres un fanático de la limpieza, esa maldita pulcritud que te acompaña siempre. Apenas encuentras una mancha en la ropa y te cambias de inmediato. Mira a su esposo aproximarse a la ventana como intentando calmar su alma, el clamor de la gente desvirtúa el sosiego, tantas personas fuera de palacio escupiendo condenas. Es cuando el título de la política pareciera estar atado a él con sus propios nervios.

Entre la resignación y un mal presentimiento, ella corre a abrazarlo.

- Ponchito, querido. Ya sabes mi sueño, toma en cuenta mis temores.

- ¡Va! Tonterías. Tú y tus supersticiones. Se retira de ella molesto, titubeante.

- Hace mucho que dejé de creer en los augurios.

¿Y si ella tuviera razón? No, ni pensarlo. Para no contagiarse de miedo se resume en las páginas interiores de su vida. Afuera los gritos se elevan y ella echa un vistazo para martirizar su fe y lo único que logra es reafirmar el mensaje de su sueño.

- Mi amor, Ponchito ¡Esa gente está loca!

Él ya no se encuentra ahí, su mirada se ha perdido en la búsqueda de su niñez. Pudo comprobar que su memoria conserva todavía las dimensiones de siempre. En aquel espacio enorme y sin tiempo, aún se encuentra el palacio de hace pocos años, con todo y aquel último cuarto, y dentro de él su madre, enclaustrada, con el mismo rostro incoherente, reflejo de una paz fantasmal que aparecía únicamente cuando ella bordaba mantos. Una

tranquilidad que le servía sólo para hacer regalos a la servidumbre.

Las escenas palpitan con amargura en sus recuerdos, con nostalgia, como las veces que aprovechaba el atareamiento para escurrirse de la vigilia maternal. Corría a sumergir toda su infancia en las divertidas aguas del río. Después la competencia de los monumentos de lodo. Primero ponía tierra en un hueco con agua que él mismo habría en el suelo y batía para formar la pasta. Luego la diversión crecía cuando empezaban a lanzarse bolas fabricadas con aquella mezcla. Días inolvidables. Aunque después, su madre, percatada de que su hijito ya no estaba en su aposento, se despojaba de la paz tejedora de mantillas y rompía el encanto a gritos y golpes.

- ¡Ponchito! ¡Ponchito! ¡Mira nadamás cómo estás!... Anda, corre a lavarte las manos.

Era el grito de su madre, *"lávate las manos"*, siempre lo fue. De día, de noche, *"lávate las manos"*, debía hacerlo como una obligación impostergable que se convirtió en un ritual sagrado. *"Las manos limpias o no hay cena"*. Si lo olvidaba venían los azotes, innumerables, terribles.

Recordó su llanto de niño, la voz interna casi imperceptible, pero que le refrescaba la memoria para acudir al agua, donde sumergía las manos temblorosas. Las fuertes voces lo absorben, librándolo de sus pensamientos, pero no de la huella plasmada en él por su madre. Su esposa se aproxima.

- Ponchito, amor mío, quieren que salgas.

Ella se estremece al recordar su sueño, tan vivo, tan presente. Y él, su esposo, tan delicado, tan limpio en extremo... pero lo ama, no puede abandonarlo.

¿Y si es verdad? ¿Si ese hombre es un enviado de los dioses? Sale y el estruendo de los gritos parece tragárselo. Las voces crecen y golpean sus oídos, le parecen un rugido del infierno.

- Gobernador Poncio Pilatos... ¡Crucifícalo!

• LAS ANIMAS BENDITAS

Gonzalo Lizardo

CAPITULO IV

I

Genya Brandin y la tlaxcalteca le rogaron a todos los dioses que la tierra se las tragara. El tornado se había ido, llevándose con él a McTavish, pero la doctora Lillith Butcher Harrier semejaba la madre de todos los tornados. Su cuerpo de cetáceo nonato se hinchó como un pez globo, escarlata y viscoso, antes de vomitar sus reproches sobre el rostro de sus asistentes.

- ¡Malditas inútiles! ¿Cuándo llegará el día que hagan un trabajo bien hecho?... ¡El supremo me va a matar cuando se entere! ¡Estábamos tan cerca de eliminar a McTavish y de conocer los detalles de su operación! Ahora tendremos que comenzar de nuevo, ¡y todo por su culpa, par de...!

- Debo recordarle -se atrevió a balbucear Genya Brandin, mientras la traxcalteca se escabullía al cuarto vecino- que usted dirigió en persona la operación, usted eligió el escondite y usted...

- ¡Yo soy tu jefa, méndiga! y basta ya de compasión, sí, ahora tendré que castigarlas de verdad para... -aquí la voz de Lillith se quebró, ante el embrujo de una melodía lenta y monótona que la tlaxcalteca había puesto a todo volumen en la habitación vecina-... ¡Oh, qué hermosa canción! ¡Ay, Leonard Cohen de mis amores, déjame ser tu Suzzane!

Sudorosa pero llena de alivio, Genya Brandin suspiró. Gracias al cielo, conocían muy bien los puntos débiles de su maquiavélica patrona: después de cuatro rolas de Cohen, tres de Piero y dos de los Carpenters, la doctora no sólo perdonó a Genya y a la tlaxcalteca, sino que les otorgó un aumento en sus salarios... que haría efectivo en cuanto volvieran a capturar a McTavish o muriera el pontífice, lo que ocurriera después.

II

- Este tornado ya empezó a fastidiarme -dijo Crostblaick con un bostezo, mientras Madigan y McTavish se platicaban (en italiano)

lo mucho que se extrañaron, y se daban (en francés) los besos que no se dieron durante su ausencia-, y mi Terezkova no va a perdonarme que me haya desaparecido sin prepararle el desayuno.

- Tómalo con calma, mi ilustre tijuano -lo tranquilizó el Chester, quien había encontrado en medio del ciclón una heladera llena de cervezas-, este desaguisado impedirá que la doctora Harrier y la Agencia Obradequién rastree nuestros pasos. ¡Salud por nuestros enemigos!

- ¡Salud por mi Terezkova!

- ¡Salud por Madigan Madigan! -terció McTavish.

- ¡Salud por nada! -refunfuñó Madigan tras sus lentes oscuros, al tiempo que extraía de sus mallas naranjas un mapa y un sextante. Los demás, al escuchar su desaprobación, bebieron en silencio sus cervezas- Este tornado nos lleva hacia el noroeste, lo cual desafía todas las leyes meteorológicas... Algo anda mal, muy mal.

Chester y McTavish se miraron uno al otro, se encogieron de hombros y apuraron la cerveza. Cuando el rostro de la Madigan se recubría con aquel humor de cien megawatts, era mejor no acercarse a ella con los pies mojados.

Crostblaick, entretanto, aleteó como un delfín kamikaze para subir a la cúspide de la tromba -triple salto mortal con giro a la derecha y guiño de ojo a la cámara. Quería ver si pasaba por ahí un avión de la Southwest Airlines para mandarle una postal a su Terezkova, pero lo único que divisó en todo lo ancho del horizonte fue la superficie crispada del mar. Buscando la resignación, recitó en flor de loto un poema de Jim Morrison (traducido por José Vicente Anaya) y contempló largamente aquel paisaje de estruendo y vorágine.

Abajo de él todo giraba, desde aquél búfalo disecado hasta aquellos marines

borrachos, desde Chester con su enésima cerveza hasta aquel predicador en éxtasis. McTavish también giraba, cantando sobre un letrero de McDonalds -pues había encontrado una guitarra autografiada por el mismísimo Freddy Fender. Y también daba Madigan vueltas y vueltas, envuelta por una parvada de relámpagos iracundos y desconcertados.

Ya con la mente tranquila, a dos pasos del aeum escolástico, Crostblaick se percató de lo peor: el tornado disminuía su ímpetu, y pronto la eléctrica Madigan, el etílico Chester, el nostálgico McTavish y el impávido Crostblaick serían arrojados al atlántico océano. Una perspectiva -por cierto- nada elegante, nada poética, nada cool. Cerrando los ojos, Crostblaick tuvo que repasar las doscientas katas de su jajisu kama sutra para evitar que el miedo le estropeara el nobilísimo gesto de su perfil heroico. Y lo consiguió, como siempre. Tenía un plan para salvarse, sí, sólo debía comunicárselo a sus pequeños saltamontes.

III

A muchas millas de distancia, el crepúsculo se difractaba cobrizo en los cristales del André Bretón Hall, el rascacielos de cuarenta y un pisos que albergaba a los ejecutivos de la Agencia Obradequién. Las oficinas del Supremo Jonathan Saint-Simon se hallaban en el piso último, pero la doctora Lillith Harrier no quiso utilizar el ascensor -para endurecer sus nervios y atribular a Genya Brandin, que cargaba los treinta kilos de un baúl. Tuvieron que aguardar quince minutos en la antesala, mientras Saint-Simon terminaba de ver la final de la eurocopa. La temible Butcher no se veía nada tranquila y Genya Brandin, a pesar de su cansancio, sonreía al verla temblando.

- Pueden pasar, señoras -les comunicó Armand A. D'Amé, el mayordomo del Supremo, entre reverencias protocolarias.

- ¿Cómo se vislumbra el temporal? -susurró la doctora Lillith.

- Bien: España consiguió empatar en el último minuto y siguen los tiempos extras.

- Menos mal...

- ¡Pásale, mi fina y carnicera amiga! ¡Qué hermosa te ves!, de seguro me traes buenas noticias, ¿verdad? -tal como lo anunció D'Amé, Saint-Simon estaba feliz: hasta había destapado una botella de Mezcal El Teulito para celebrar el oportunísimo gol de Michel, ¿gustan un trago?

- Gracias Jonathan... y claro que te tengo buenas noticias... Muéstrale nuestro obsequio, Genya.

Su asistente, con una sonrisa forzada para disimular su agotamiento, depositó el baúl sobre el escritorio, abrió el candado y extrajo de su interior un racimo de cabezas humanas, reducidas al tamaño de una naranja mediante un hechizo guaraní.

- ¡Bravo, Lillith! ¡Aquí están al fin mis muy finos enemigos, mis sutiles aguafiestas! ¡Octavio Paz, Salman Rushdie y Vargas Llosa! ¡Alberto Guerra, Carlos Hermosillo y José Ramón Fernández!, ¡Yeah! De verdad que te admiro, bellísima doctora, hasta me dan ganas de invitarte a ver los tiempos extras y los penalties...

- Sería un honor para mí...

- ... sólo que algo falta en tu hermoso regalo... ¿dónde está la cabeza de ese engreído de McTavish? ¿no lo has liquidado... aún?

- No... aún no...

- ¡Perfecto! Quiero liquidarlo yo mismo en persona... ¿podrías guardármelo hasta mañana, mi rolliza amiga Lillith? Mientras tanto, caliéntamelo a fuego lento...

- Claro, tus deseos son órdenes, Jonathan... -suspiró la doctora, aliviada ante la parva oportunidad que le brindaba el Supremo para enmendar su error. Pero su asistencia no pensaba lo mismo. No. El rencor es mal consejero: así que, irguiendo la vista y engolando la voz, metió hasta el fondo su cuchara para irritar a Saint-Simon:

- La verdad es que se nos ha escapado, Señor.

Sin atreverse a mirarla de frente, la doctora se quedó paralizada por el coraje y la impotencia. Genya sonreía, maliciosa,

mientras Saint-Simon se envolvía en un sombrío silencio. Apurando de un trago media botella de El Teulito, les dio la espalda y se marchó. Sólo se detuvo en la puerta para mirarlas a los ojos y murmurarles su advertencia.

- Váyanse ahorita mismo. Y ruéguele a Dios porque pierda Alemania.

IV

Ni Crostblaick pudo poner en práctica su plan, ni el tornado los arrojó al océano, sino que los condujo con suavidad infradivina sobre un espeso plantío de amapolas. Cuando se recuperaron del vértigo y subieron a la colina, divisaron hacia el occidente los cuatro perfiles monolíticos de la isla de Pascua.

- Nunca había advertido el buen gusto de estos escultores -advirtió Chester mientras se sacudía el traje; cuando imaginaron a sus dioses con un perfil patricio como el mío.

- *Noli altum sapere, sed time* -agregó McTavish, aún aturdido por el descenso y por la resaca que le había provocado la aún reciente entrevista con la doctora Lillith Harrier- *¡Altum sapere periculosum! ¡Sapere aude!*

- ¡No es posible! -se lamentó Crostblaick, que apenas podía erguirse, agobiado por la debilidad de encontrarse a mil kilómetros de la Avenida Revolución, de los clandestinos placeres de la calle Coahuila, del estrépito de la Plaza Río y de la mirada asesina de su Terezkova: para su ánimo espiritual y físico, le resultaba más letal alejarse de Tijuana que beber kriptonita. Lo cual era/

- ¿Si les cuento una locochonería no se burlan de mí? -lo interrumpió Madigan, fiel al guión hasta que éste indique lo contrario- ¿Me creerán ahora sí?

- Claro que sí, Madigan -concedió Chester, asustado al mirarla tan lívida como un ala de mosquito-, ¿estás de nuevo mirando cosas?

- Sí, algo... alguien... en algún lugar aquí cerca... sí, es por allá... síganme todos -balbuceó mientras auscultaba el horizonte para orientarse-... ¡Qué esperan pelaos!

- *Madigan locuta, causa finita* -latinizó McTavish y se dispuso a salmodiar mientras seguía a la Madigan-: *super flumina Babylonis, super flumina Babylonis, tará-tará...*

Pronto la noche se precipitó sobre sus cabezas. En varios kilómetros a la redonda, la oscuridad sólo era interrumpida por el fulgar de las amapolas, los fuegos fatuos y las mallas naranjas de Madigan.

V

- Ok, inútil, ¿cuál dijiste que era el password?

- B.U.T.C.H.E.R. -deletreó Genya Brandin-, ¿a poco no se acuerda, doctora, si usted misma lo eligió para que no se le olvidara?

- Sí, sí, ya me acordé, ¿ahora que hago?

- Abra con el mouse la ventana "Operación Saladino"... no, esa no, doctora, regrésese... sí, ahora elija el submenú telecomunicaciones, no ese no, tampoco ese... si me desatara una mano para poder enseñársela... ándele, doctora, esa es.

- ¿No que no? ¿y ahora qué?

- Doctora, déjeme hacerlo yo misma, así ahorramos tiempo...

- Está bien, tú ganas... deja desarmo las esposas, ajá, ahora desengancho la camisa de fuerza, arranco las ganzúas, aflojo los torniquetes, destornillo la faja de clavos y... ¡Lista!

- Muchas gracias, mi detestable ama y señora... Ahora sí, dígame que buscamos.

- Quiero que contactes con el satélite Eolo, vamos a consultar sus mapas meteorológicos.

- Ese es un satélite militar, con cuatro códigos secretos que lo protegen y localizan a los hackers entrometidos.

- No me importa, hazlo, ¿por qué crees que no te he matado todavía? Te lo tenías bien merecido después de lo que me hiciste con Saint-Simon.

- Pues entonces tráigase comida y sleeping, porque esto va para largo...

VI

La sorpresa, fosforescente y orgánica, fue creciendo poco a poco ante los ojos de Chester, McTavish, Madigan y Crstblaick, conforme se aproximaban al fondo de aquel valle. Como emergida de las peores pesadillas de Giger o Juan Orol, aquella estructura cuasi esférica de veinte metros de diámetro palpitaba pavor y escurría entrañas. Se detuvieron a la entrada del puente que franqueaba el profundo foso de la fortaleza. bajo la insana luz, Chester buscó en la mirada de sus compañeros una respuesta:

- ¿Y esto? ¿Es alguno de los bunkers de la doctora Butcher?

- No, para nada -le respondió McTavish, a quien el susto le quitó el latín como si le hubiera quitado el hipo-, no quisiera reconocerlo, pero me temo que se ha materializado ante nosotros una histeria colectiva, una leyenda maldita, una...

- Sea lo que sea -lo atajó Madigan para poner ejemplo de sensato sentido común-, esta cosa fue la que provocó el tornado y nos trajo a esta isla.

- ¡Ah, sí? -Crostblaick se incorporó, reanimado casi por milagro-, van a ver esos infelices lo que les pasará por alejarme de mi Tereskova y mi bella Tia Juana...

- ¡Silencio! la puerta se está moviendo...

En efecto: al tiempo que los batientes bauboformos de la esfera se abrían, el puente empezó a deslizarse bajo sus pies, tan rápida y sutilmente que no pudieron resistirse. Adentro los aguardaba un maremágnum de repugnantes delirios, inefables viscosidades, biomecánicos colores recién caídos del cielo. Creyeron divisar entre la penumbra raídas sombras de ojos, creyeron escuchar entre el silencio inquietantes borboteos de afilada dentadura. En medio de tanta confusión, Chester y McTavish sólo tenían una certeza: que los poderes de Madigan no eran ninguna broma. ¿Por fortuna o por desgracia?

El pasillo móvil se detuvo y con él sus divagaciones. Una luz iluminó de repente la enorme estancia, y una música catatónica megaepiléptica hizo temblar la cúpula

sostenida por columnas sanguinolientas, al centro de la cual pendía un púlpito de metal y dentritas. En su interior se pusieron de pie dos hombres, vestidos de negro. McTavish notó, con cierto asco, que estaban unidos a su cubículo por una miríada de cables, cortocircuitos y megabytes.

Sean bienvenidos, amigos -les dijo sin abrir los labios el mayor de sus anfitriones: calvo y con barba semita-, disculpen por favor el medio que utilizamos para traerlos a nuestra presencia, pero creí que entenderían nuestras razones.

- ¿Y con quién tenemos el pinche gusto de hablar? -despotizó Crostblaick, dispuesto a destruir, con un par y medio de patadas, todo aquel alarde de esquizofrenia.

- Yo soy David La Mancha -le respondió el más joven: moreno, pelo largo y ojos de cenobita -y mi compañero es Odrasil Olaznog. Nosotros controlamos todas y cada una de las funciones de nuestro Castillo, nuestro Inventario de las Malicias, nuestro Hacedor de Tornados. Más aún: todo lo que ustedes ven no es más que la extensión de nuestro espíritu. Incluyéndolos a ustedes, por supuesto.

- Pues entonces demuéstremelo y bájale a tu musiquita, ¿no? -objeto McTavish-, házlo por amor al rey de Memphis.

- Okey, okey, okey -concedió La Mancha, un tanto apenado.

- ¿No tienen una cerveza por alguno de sus calabozos?

- ¿Me prestan su computadora para mandarle a Terezkova un correo electrónico?

- Un momento, un momento... -Madigan, con la nariz fruncida, los labios inquietos, la barbilla entre los dedos (es decir: fastidiada) trató de cortar aquel tajo de frivolidades-: antes que nada, merecemos una explicación... ¿por qué estamos aquí? ¿quieren que audicionemos para Hellraiser VI?

- Claro que no, Madigan. Sucede que estamos del mismo bando en el mismo sucio negocio... Ustedes saben: la conjura, Butcher, el papa, Saint-Simon... si compartimos enemigos y motivaciones, es natural que

busquemos la colaboración mutua, ¿o no? Además tú posees un don, pero ignoras cómo usarlo. Y nosotros, que sí sabemos, carecemos de él. ¿No te gustaría hacer una prueba? Sólo tienes que sentarte en aquella cápsula que desciende sobre tí. Si te atreves, por supuesto.

Para Madigan, aquella oferta, como cualquier reto que se le pusiera enfrente, era irresistible. La cápsula se abrió como una orquídea, la alojó en su interior como una placenta y la envolvió como un opiáceo. Olaznog y La Mancha se acomodaron en su cubículo y comenzaron a manipular el tablero luminoso. Un millón de sensores rastrearon epitelio por epitelio el cuerpo de Madigan, hasta que la computadora central localizó la hipófisis.

Afuera, todas las luces se apagaron. Sentados en sus respectivas butacas, Chester, McTavish y Crostblaick vieron encenderse un monitor enorme frente a ellos. Al principio Zumbido y basura, luego colores y flashazos y al último, poco a poco, sobre la pantalla se fue dibujando un sitio que sólo conocían de oídas y por algunos microfilms: la estancia más custodiada del palacio más inaccesible del orbe. Sí. Ni más ni menos que el sacratísimo aposento del pontífice. Madigan lo había captado con las manos en la masa.

VII

No recordaban a que hora se habían quedado dormidos, pero lo hicieron a plenitud, como no lo hacían desde que nacieron. Cuando despertaron, sumergidos en una cápsula de gravedad cero, los encandiló la luz del mediodía, transluciendo a través de la cúpula. Atentos a su despertar cuatro andróides coloidales les sirvieron el desayuno. O mejor dicho, se los inyectaron: complejo multivitamínico, proteínico, bajo en calorías y libre de conservadores. Vía intravenosa, sabor opcional.

- No está mal la idea -ironizó Chester-, sobre todo si le agregan un poquito de ranitidina y ácido acetilsalicílico.

- O whisky.

- Aaah, que alivio -dijo la Madigan sonriente y apacible, mientras estiraba con delectación sus brazos y piernas-, me siento tan bien que sé que ando mal.

- ¿Y dónde está ese par de mutantes cyberdadaístas? -refunfuñó Crostblaick- ¿a qué horas nos sacarán de este intestino? No me gusta sentirme a merced de personajes advenedizos, ya quiero ocupar el lugar que me merezco en esta historia.

- Estamos aquí, por encima de ustedes -dijeron al unísono David La Mancha y Odrazil Olaznog desde su púlpito que descendía-, y ya todo está listo: mientras ustedes dormían nosotros nos encargamos del resto: pusimos un michochip en el interior de tu muela del juicio, Maestro Crostblaick. Si la conectas a un procesador encontrarás en él los planos de la Agencia Obradequién y todos los datos sobre el arribo del Papa a la ciudad de Monterrey. Para tí, Madigan, elucubramos estos anteojos: en cuanto te los pongas, podremos ver lo que tienes ante tus ojos, sea real o imaginado... y ahora, ¡adiós y no desesperen! dentro de cuatro horas estarán en el clímax de la película, en el nudo de la novela, en el ojo del ciclón...

- No, por favor, el tornado otra vez noooooooooooooooooooooo...

VIII

- ¡Ahí está, Genya! ¿lo ves?

- No, ¿de qué se trata?

- Aquí, esa mancha encima de California...

- Pues sí, es una tormenta que viene del Pacífico, demasiado pequeña para preocupar a alguien.

- Sí, pequeña, pero viaja en contra de los vientos alisos, Genya, ¿no comprendes?

- ¿Cree que ahí viene McTavish y compañía?

- Te lo puedo apostar... ¿Qué esperas, mujer? ¡Debemos seguir ese ciclón!

LOS REOS DE ESTE NUMERO

Rafael Courtoisie

Montevideo, 1958. Narrador, poeta y ensayista. Ha publicado varios volúmenes de narrativa, su último libro de relatos, *Cadáveres exquisitos* fue premio Bartolomé Hidalgo del Bienio 1994-95, auspiciado por la Cámara Uruguaya del Libro. Entre sus más de 10 libros de poesía destacan *Estado Sólido*, *Contrabando de Auroras*, *Orden de Cosas*, *Tiro de Gracia*, *Cambio de Estado*, *El constructor de sirenas e Instrucciones para leer ceniza*. Ha recibido varios premios nacionales e internacionales.

Cristina Rivera-Garza

Quisieramos saber algo más de ella. Recibimos el texto por correo, pero todos nuestros esfuerzos por ponernos en contacto con ella han sido inútiles, sólo sabemos que es Ph. D. y labora como maestra del Departamento de Historia de la Universidad De Pauw, en Greencastle, Indiana.

Claudia Argelia González Araujo

Monterrey, N.L. 1974. Lic. en Letras Españolas. Ha publicado en diversas antologías de talleres literarios del sistema ITESM, así como en periódicos de la localidad. Actualmente estudia la maestría en Letras Hispanoamericanas en la Universidad de Nuevo México en Las Cruces.

Gonzalo Lizardo

Zacatecas, Zac. Nuestro otro reo desconocido. Recibimos el capítulo que presentamos junto con los otros tres, de distintos autores, que hemos incluido en los números anteriores. De él sólo sabemos que vive en Zacatecas. Con este texto completamos la muestra de la novela escrita a ocho manos *Las Animas Benditas*.

Beatriz Espejo

Veracruz. Maestra y doctora en letras españolas. Fundó y dirigió la revista *El rehilete* (1961-71). Premio Nacional de Periodismo y Premio Magda Donato. Es investigadora de tiempo completo de la UNAM, del Sistema Nacional de Investigadores. Fue becaria del Centro Mexicano de Escritores y del Colegio de México. Entre sus libros destacan *La otra hermana*, *Muros de Azogue*, *Julio Torri*, *Voyeurista desencantado*, *Oficios y menesteres*, *Historia de la Pintura Mexicana* y *Palabra de Honor*.

Sabina Patricia Bautista Rocha

Ensenada, B.C.N. 1968. Lic. en Ciencias de la Comunicación. Ha publicado en las revistas *Coloquio* y *La Colmena*, así como en la antología *El Placer de Morir*. Coeditora de *San Quintín 106*.

José Julio Llanas

Monterrey, N.L. 1967. Director teatral, poeta, narrador y dramaturgo. Sus textos han aparecido en revistas y periódicos locales y nacionales. Participó en las antologías locales *La Alquimia del Verbo* y *El Capitán de Dos Armas*.

Fernando Javier Elizondo Garza

Monterrey, N.L. 1954. Ingeniero Mecánico Electricista UANL. Fundador de la especialidad de Camarografía de la Licenciatura en Artes de la Facultad de Artes Visuales de la UANL. Actualmente, catedrático e investigador de la Facultad de Ingeniería Mecánica y Eléctrica de la UANL. También participa en este número su hijo Fernando Salomé Elizondo Rdz.

En abril-mayo
la revista

TIERRa 85 ADENTRO

dedica su número a
Los niños y la cultura

- ▶ **Guillermo Bonfil**
Batalla: Los rostros de la infancia en México (ensayo inédito)
- ▶ *Alas y Raíces a los Niños. Entrevista con Susana Ríos Szalay*
- ▶ **Felipe Garrido:**
Lectura en voz alta
- ▶ **Mireya Cueto:** *Magia y poder de los títeres*

Búsquela en Librerías de Cristal, Educal, Sanborn's, Vips y librerías de prestigio.



Fotografía: Theda Acha

- ▶ **Agustín Ramos:**
El Rehilete, museo hidalguense del niño
- ▶ **Elvira García:**
Los creadores y la infancia
- ▶ **Sabina Berman:**
El teatro infantil
- ▶ *Cuentos de Francisco Hinojosa y Verónica Murguía*

 Coordinación Nacional de Descentralización

CONVOCATORIA 1997

Programa de Fomento a Proyectos y Coinversiones Culturales

Con la finalidad de estimular el desarrollo de actividades culturales en nuestro país y apoyar la iniciativa de creadores, intérpretes, investigadores, promotores y educadores, el Fondo Nacional para la Cultura y las Artes convoca a los interesados en obtener financiamiento, a presentar proyectos artísticos y culturales en las siguientes disciplinas:

ARTES VISUALES

DANZA

LETRAS

MEDIOS AUDIOVISUALES

MÚSICA

TEATRO

INTERDISCIPLINA

ESTUDIOS CULTURALES

A partir del miércoles 1 de abril de 1997 se recibirán proyectos en dos categorías:

FOMENTO A PROYECTOS CULTURALES

En esta categoría se apoyará el desarrollo de proyectos orientados a la investigación, producción, formación y promoción de las diversas disciplinas de la actividad artística y cultural.

COINVERSIONES CULTURALES

En esta modalidad se financiarán parcialmente proyectos artísticos que cuenten previamente con apoyos económicos similares o mayores al solicitado al FONCA y busquen, en el corto plazo, la generación de procesos de autofinanciamiento.

Los apoyos serán decididos por órganos colegiados integrados por especialistas en la disciplina de que se trate.

Los resultados se darán a conocer cuatro meses después del cierre del periodo de recepción.

Los interesados deberán acudir a las oficinas del Fondo Nacional para la Cultura y las Artes para obtener la solicitud y las Bases Generales de Participación.

Los residentes en los Estados de la Federación podrán recoger la documentación en las oficinas de los institutos de cultura de la entidad, o bien, solicitarla telefónicamente al (915) 605 61 80 y al fax (915) 605 55 33.

La fecha límite para la entrega de proyectos será el jueves 29 de mayo para los apellidos de la A a la L, y el viernes 30 de mayo para los de la M a la Z, en horario de 9:00 a 15:00 hrs.

México, D.F., a 1 de abril de 1997

Fondo Nacional para la Cultura y las Artes
Dirección de Fomento a Proyectos y Coinversiones Culturales
Av. México-Coyoacán 371-2º piso, Col. Xoco, 03330 México, D.F.
☎ Coyoacán. Tel. (915) 605 54 39

 FONCA

PREMIO NACIONAL DE LITERATURA 1997 IMPAC - CONSEJO PARA LA CULTURA DE NUEVO LEÓN

BASES:

1. Podrán participar escritores mexicanos residentes en el país o en el extranjero con obras de novela publicadas en lengua española.
2. No se aceptarán obras que sólo hayan sido publicadas en periódicos y/o revistas.
3. Los escritores podrán participar con una novela publicada entre el 31 de mayo de 1994 y el 30 de mayo de 1997.
4. Los concursantes o las casas editoriales deberán enviar 5 (cinco) ejemplares de la obra publicada.
5. Cada concursante podrá presentar al certamen una sola obra.
6. No se aceptará ningún documento enviado por fax u otro medio electrónico.
7. Los premios tienen un carácter individual, por lo que no se aceptarán solicitudes de grupos.
8. La presente convocatoria estará vigente desde el momento de su publicación y hasta el día viernes 30 de mayo de 1997 a las 16:00 horas. En el caso de los trabajos enviados por correo se tomará en cuenta la fecha del matasellos postal. Después de esta fecha ninguna obra será aceptada.

IMPAC, organización internacional dedicada al mejoramiento de la productividad, y el Consejo para la Cultura de Nuevo León, invitan a los escritores mexicanos a participar en el **PREMIO NACIONAL DE LITERATURA 1997, IMPAC - CONSEJO PARA LA CULTURA DE NUEVO LEÓN** con el objeto de alternar el trabajo de creación literaria y estimular la apreciación de la literatura y la lectura.



9. Los concursantes deberán entregar o enviar su obra al "Premio Nacional de Literatura 1997", Consejo para la Cultura de Nuevo León, José Benítez 604, Col. Obispado, Monterrey, N.L. 64010, México.
10. Se otorgará un premio único e indivisible de \$80,000.00 (ochenta mil pesos 00/100 m.n.).
11. No podrán participar candidatos que trabajen para las instituciones que organizan el concurso o quienes se hayan hecho merecedores a este premio en convocatorias anteriores.
12. El jurado calificador estará formado por un juez internacional, un juez de la ciudad de México y un juez del estado de Nuevo León.
13. Las circunstancias no previstos por esta convocatoria serán resueltas por el comité organizador.
14. El fallo del jurado será inapelable. El nombre de máximo cinco finalistas será publicado en la prensa nacional el 10 de octubre de 1997. El ganador será dado a conocer en la prensa nacional el 17 de octubre de 1997. Los premios se entregarán el 24 de octubre de 1997.

IX CERTAMEN NACIONAL ALFONSO REYES 1997 CONVOCATORIA

BASES:

1. Podrán participar escritores mexicanos residentes en México o en el extranjero, el trabajo deberá presentarse en español.
2. No lo podrán hacer aquellos que laboren directamente en las instituciones organizadoras del concurso ni aquellos que lo hayan ganado en anualidades anteriores.
3. El premio único e indivisible consta de \$40,000.00 (Cuarenta mil pesos 00/100 m.n.). Los trabajos que a juicio del jurado calificador presenten méritos suficientes obtendrán menciones honoríficas.
4. Los participantes deberán enviar un ensayo o libro de ensayos inédito escrito en español, sobre los siguientes temas: Literatura Mexicana, Literatura Hispanoamericana Contemporánea, Filosofía en México, Cultura Contemporánea de México e Historia Regional (Noreste de México).
5. Los trabajos deberán tener un mínimo de 50 y un máximo de 150 cuartillos en original y tres copias, escritas a máquina a doble espacio, en hojas tamaño carta, por una sola cara.

El Consejo para la Cultura de Nuevo León, con la colaboración del R. Ayuntamiento de Monterrey, el Consejo Nacional para la Cultura y las Artes y la Universidad Autónoma de Nuevo León, convoca al **IX Certamen Nacional Alfonso Reyes**

6. Los ensayos serán dirigidos al IX Certamen de Ensayo Alfonso Reyes, Consejo para la Cultura de Nuevo León, José Benítez 604 Col. Obispado C.P. 64010, Tels: (8)348-4382 y 348-4392.
7. Los concursantes deberán firmar sus trabajos con seudónimo y proporcionar su identificación en un sobre adjunto cerrado con los siguientes datos: nombre, dirección y teléfono.

8. La recepción de las obras participantes queda abierta a partir de la publicación de la presente convocatoria y concluye el viernes 12 de septiembre de 1997. No se devolverán originales.
9. El jurado calificador estará integrado por personas de reconocida trayectoria intelectual. Sus nombres se darán a conocer oportunamente.
10. El fallo del jurado calificador se dará a conocer el viernes 5 de diciembre. Un notario abrirá únicamente los sobres que contengan las identificaciones del ganador y de los acreedores de las menciones honoríficas y destruirá los sobres restantes.
11. Las instituciones organizadoras notificarán de inmediato el fallo al triunfador, a las personas distinguidas con las menciones honoríficas y a los medios de comunicación. Igualmente informarán la fecha en que se efectuará la ceremonia de entrega del premio.

No enseñar a un hombre que está dispuesto a aprender es desaprovechar a un hombre.

Enseñar a quien no está dispuesto a aprender, es malgastar las palabras.

Confucio

abriendo caminos

para la cultura y el arte

GRUPO
senda

AZCUNAGA



Un Super Pionero...

En 1921, Azcúnaga Hermanos S.A. de C.V., fue pionero en el concepto de supermercado de autoservicio en Monterrey y desde entonces se ha desarrollado a la par de sus clientes, manteniendo generación tras generación, la filosofía de trato personal

y amable que caracteriza a la gente regia. En 1997, sigue siendo pionero en servir a la comunidad, ya que más que el Super, Azcúnaga es un nombre que se reconoce en la comunidad regiomontana por su creciente apoyo a la educación, la cultura y el arte.



Calidad por Tradición

D e s d e 1 9 2 1